Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII | San José, Costa Rica **1931** Sábado 26 de Diciembre | Núm. 24

Año XIII. No. 568

SUMARIO

Bicentenario de Rafael Landívar, padre de la poesía descriptiva americana y el más grande poeta de la América colonial .... *Virgilio Rodríguez Beteta*
Notas sobre Rafael Landívar .... *L. Cardoza y Aragón*
Hégel y América .... *José Ortega y Gasset*
Un credo al servicio de los mayores intereses nacionales .... *Juan del Camino*
Poesías .... *Máx Jiménez, Blanca Luz Brum y Omar Estrella*
Rendón .... *Guillermo Valencia y B. Sanín Cano*
En la peregrinación de Ricardo Rendón hacia el tercer reino .... *Alberto Lleras Camargo*
El concepto de Universidad en el Dr. don José Ma. Castro .... *Rómulo Tovar*
Indice del tomo XXIII ....

Bicentenario de Rafael Landívar, padre de la poesía descriptiva americana y el más grande poeta de la América colonial

=De *Diario de Centro América*. Guatemala.=

Por coincidencia que los hispanoamericanos recogemos con cariño, el año de la celebración del bimilenario de Virgilio es el mismo del bicentenario de Rafael Landívar, el poeta colonial de América por excelencia, autor de los quince poemas del campo y la naturaleza americana comprendidos bajo el título antonomástico de *Rusticatio Mexicana*, y consagrado en nuestros días como el "Virgilio de América".

"Geórgicas Mexicanas" ha llamado a su libro uno de sus traductores en lo moderno, el Padre Escobeto, poeta y latinista mexicano. Su musa, ha dicho con su frase miliaria don Marcelino Menéndez Pelayo, el humanista sin segundo de quien ha dicho un crítico francés que hizo por sí solo más labor que varías Academias juntas, es la de las *Geórgicas* remozada y trasferida a la naturaleza americana.

Remozada, porque el paisaje es más joven, más viril, más grandioso. Paisaje bien distinto del de las *Geórgicas*, al que quiso consagrar Landívar en el idioma de los siglos, para perpetuidad y para excitar a la juventud de América a beber su inspiración en aquellas fuentes originales, generadoras de un amor patrio nuevo capaz de cosas inusitadas en el porvenir. Remozada y trasferida porque, como lo advierte Menéndez Pelayo, no se limita, como Virgilio, a la materia agrícola, sino que es una "total pintura de la naturaleza y la vida en el campo..."



Landívar

Busto que conserva el Colegio de San Jorge, Bolonia.

Entre los latinistas de su tiempo no hubo poeta en América con el cual poder compararlo. Ni Nuñez Castaño en Chile, ni el Virrey del Perú Benavides de la Cueva, ni Alegre, Abad o Clavijero en México. Entre los poetas que escribieron en castellano, ninguno se ocupa de la naturaleza y el campo americanos. Ni siquiera Ercilla en su célebre *Araucana* se conmueve ante el paisaje. La epopeya del encuentro de dos razas se produce sin alusión al escenario. Los poetas coloniales de América derivaron su atención principalmente a la religión. Poetas místicos de la religión o la monarquía, de la conquista y la fundación de las ciudades. Los hay elevadamente subjetivos, por excepción, verbi gracia Sor Juana Inés de la Cruz. Apenas en Puerto Rico hay un notable poeta que describe la naturaleza, Bernardo de Balbuena

Pero Landívar es superior a los mejores latinistas del neo-latinismo. Ni siquiera en Rapín y Vaniere, añade don Marcelino, descubrimos inspiración tan genial y tan nueva, riqueza tan grande de fantasía descriptiva y una tal variedad de formas y recursos poéticos.

En cambio, es un supremo inspirador de los poetas americanos descriptivos, comenzando por Andrés Bello. El "Salve, fecunda zona" de éste, en su *Oda a la Agricultura en la Zona Tórrida*, recuerda en el acto el "Salve cara parens" de la dedicatoria del libro de Landívar a la ciudad de Guatemala. José María Heredia se embebeció en la lectura de Landívar y tradujo la Pelea de Gallos del libro XV...

Nació Landívar en la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, entonces capital del reino de Guatemala, el 27 de octubre de 1731. Era criollo legítimo, de la más sólida raigambre, pues sólo su bisabuelo había venido de España. Descendía de Bernal Díaz del Castillo, el fuerte conquistador y soldado que fue a Guatemala a pasar la mitad restante de su vida y a escribir en ella su celebérrima *Verdadera Historia*.

A la ciudad de Guatemala, por el inicial impulso del fundador don Pedro de Alvarado, uno de los conquistadores de empresas y planes más amplios, llegaron desde los primeros días de la coloniza-

NOTAS SOBRE RAFAEL LANDIVAR

—Envío del autor—

¿El poeta Zaldívar? No, Rafael Landívar, el gran poeta. ¡En nuestra Asamblea Nacional estas escenas! Se celebrará el segundo centenario de su nacimiento. Discursos oficiales, bustos, museo Landívar... Y nadie le lee, nadie le conoce... Nosotros—tres o cuatro—apenas si decíamos su nombre por temor a la Calle Landívar, al discurso del alcalde, al del mayor de plaza, al del señor de la academia... Un capricho: me agradaría oir ataques de algún cura inteligente desde el púlpito de la iglesia primorosa de Tepozotlán o de alguna iglesita de Antigua: prueba infalible de que le había leído, meditado y amado.

...Pero no sé latín como para leerlo. Y aun para apreciar

(Pasa a la página 871)

ción muchos españoles notables en linaje, virtudes, saber y capacidades, de donde procedió un notable sedimento cultural generador de pléyade de cronistas, orfebres, escultores, misioneros, hombres de arte y de ciencia.

Hubo en ella imprenta y Universidad en los primeros siglos. El segundo periódico de la América Hispana apareció allí, *La Gazeta*, 1729. Y pudo desarrollarse una patriótica y pujante Sociedad de Amigos del País. No es de extrañar, pues, que en ese ambiente se engrendraran ingenios como Landívar, el primer poeta colonial de América y a quien "sólo faltó escribir en lengua vulgar para arrebatarles a todos la palma, en su género, acaso sin excluír al cantor de la agricultura en la zona tórrida".

Hizo sus primeros estudios Landívar en la Universidad de Guatemala, en donde se graduó de Maestro de Artes. Vivió en México doce años, donde tomó el hábito de jesuita. Regresó a Guatemala, dedicándose a enseñar literatura, filosofía y teología, y fue expulsado, con los demás jesuítas, en tiempos de Carlos III. Tras muchas penalidades por las costas de Africa y los países centrales de Europa (así se deduce, porque al final dice que sus versos fueron hechos a orillas del Rhin), pudo encontrar definitivo asilo en Bolonia. Vivió allí veinte años, edificando con ejemplo y enseñanza, y murió el 27 de septiembre de 1793.

De la *Rusticatio* existen tres ediciones, dos de Bolonia y una de Leipzig, todas de fines del siglo XVIII. En lo moderno ha habido dos traductores en México, el Padre Escobedo, en verso, y don Ignacio Loureda, académico, en prosa directa y literal. Ambas sumamente apreciables. Han traducido fragmentos de los quince libros, además, el poeta y humanista don Joaquín Arcadio Pagaza, mexicano; José María Heredia, como ya dije, cubano, y los guatemaltecos Juan Fermín Aycinena, poeta clásico, y José Domingo Diéguez, padre de Juan Diéguez Olaverri, otro poeta descriptivo de bellas prendas. Se hace ya difícil conseguir ejemplares de la *Rusticatio* original, aun en Bolonia o Leipzig. En la Biblioteca Popular de Guatemala existe uno. En la portada Landívar puso de epígrafe dos versos de Vaniere en que evoca la dulzura del campo que sube a sus labios para cantar...

———

Muy poco se ha sabido hasta ahora de la personalidad física y moral de Landívar. No hay ni siquiera un retrato. Uno de cuerpo entero que se conservaba en el Colegio Tridentino de Guatemala, desapareció hace tiempo. Los ilustres historiadores guatemaltecos Ramón A. Salazar y Batres Jáuregui hicieron prodigios por encontrar un retrato, valiéndose, el primero, de su situación al frente de la Secretaría de Estado para poner en movimiento a los cónsules de Italia.

He tenido mejor suerte, contando con la valiosa cooperación de los actuales cónsules guatemaltecos, y ha sido encontrado en el Colegio de San Jorge, donde Landívar dió clases en sus últimos años, un busto que la tradición dice pertenecerle. Se ha encontrado también, aunque sólo atendiéndose a la misma tradición, su tumba. Y, sobre todo, la verdadera partida de su muerte, que es todo un himno de su vida.

Parece que no se puso lápida sobre la tumba del poeta, o, si alguna se colocó, fue tan ligera que el tiempo la ha borrado por completo. Me inclino a creer que no se puso ninguna. Ello está de acuerdo con el carácter de Landívar, según lo veremos al transcribir, al final de este artículo, su partida de defunción. Era él la humildad personificada. No tenía más que dos amores: Dios y su patria. Antes de morir repartió lo poco que poseía. Ha de haber pedido que se le amortajara todo lo más sencillamente posible y, de haber sido posible, que se le colocara sobre la tierra misma, sin ataúd, sin redoble de campanas, sin una inscripción siquiera. Los compañeros cumplieron como mejor se pudo. Pero no podían resistirse a grabar su rostro. Lo esculpieron en mármol para que sus ojos siguieran iluminando la media luz del claustro. Pero no se atrevieron a poner su nombre. Busto y sepulcro quedaron, pues, en la penumbra de la tradición.

Esta fotografía, tomada del busto, que hoy ofrecemos a los lectores hispanoamericanos y del mundo todo, confirma una ligera descripción, también tradicional, que trae Batres Jáuregui. Están allí sus ojos, abiertos a la luz del genio y velados por una tristeza eterna y una renunciación sempiterna...

———

En la partida de defunción, el párroco Cayetano Tomba, excediéndose del lenguaje ritual, hizo un epitafio que encierra toda una apoteosis de Landívar. De Landívar hombre, hombre de infinita virtud.

"Año 1793.—Día 27 de Septiembre, Rafael Landívar, de la ciudad de Guatemala, del Reyno Mexicano, sacerdote ex jesuita de sangre noble y preclaro ingenio, doctrina, religión en Dios, con piedad para los hombres, y además de costumbres íntegras, graves, conllevándolas con máxima suavidad, en cuyo año se encontraba como oficial de la parroquia del Rector, con celo, con ejemplaridad santa, mientras enseñaba con dignidad, palabras y ejemplo, mayormente en aquellos días decaía su espíritu, molesto y afectado por la enfermedad, recreándose en la asistencia constante de sus semejantes. Recibió el sacramento divino de la Eucaristía el día 27 de Septiembre a las trece horas en la casa de Marcos Ugonis Albergati, en la calle de Zaragoza, y el nuevo párroco y la demás parroquia y todos los que le conocían y trataban en el beso de Jesús, como los ricos, enemigos y pobres, le tenían siempre en la boca, habiendo repartido con largueza lo que poseía a los sesenta y tres años de nacido, supremo día de su muerte, y su cuerpo fue expuesto en esta iglesia para los funerales, donde fue enterrado, esperando la piadosa resurrección. Firmado: *Cayetano Tomba*, párroco."

———

Con esta partida quedan concatenados muchos cabos sueltos. Reconstruída la tersa imagen moral de Landívar. He aquí por qué cantó y por qué lloró tanto. He aquí por qué se erigió con fijeza de predestinado en padre y maestro de la poesía descriptiva en América, para enseñar a sus semejantes y compatriotas a huír "del mundanal ruido" por las escondidas sendas del labriego, del pastor, del indio de la montaña, del sencillo labrador de las sementeras y hacinador de la riqueza cierta de nuestros pueblos, que no excluye la felicidad...

Así, por amor a sus semejantes, levantó el culto de América, reveló el secreto de la dicha y el contento de América, por la ingenuidad de los campos y el grandor de la naturaleza. Por su largo camino abierto ya vendrían en legión de todas partes de América: Andrés Bello, José María Heredia, José Joaquín de Olmedo, Gregorio Gutiérrez González, todos los cantores que templan la lira al son del Niágara o del Tequendama, al son de los truenos de los Andes y de los vientos de las pampas: Olegario Andrade, Obligado, Plácido, Flores, Peza, Pombo, Diéguez Olaverri, los que saben de las tardes de abril, de las mieles de la caña, de la flor del cafeto, de los sueños-fantasmas de Martín Fierro y de la música de Tabaré, en que se funden los ancestros.

Se comprende mejor al poeta a través del hombre, y el hondo sentido de su poesía, con que quiso inmortalizar en lengua inmortal, las bellezas de su América. Como Linneo había escogido el latín para dar vida perdurable a su nomenclatura, Landívar, para hacer perdurable el secreto de la naturaleza y las campiñas americanas, acudió al idioma de la *Eneida*, las *Geórgicas* y las *Eglogas*. Y se tiene una idea cabal del hombre. Todo fuego, todo humildad, todo el eterno bajarse, a pesar de la frente sobre el cielo, hasta sus pigmeos semejantes... Vertió versos y vivió dentro de su propia poesía. Fue un místico, como Santa Teresa, al que la implacable regla de Loyola no logró avasallar. Pero místico fuerte, amó la naturaleza y la patria. Y su penúltimo pensamiento, al morir, antes del último en Dios, ha de haber sido para aquella su Arcadia perdida, a la que ya jamás volvió ni volvería a ver. Entre sus postreras palabras ha de haberse aún podido entender:

Salve, cara parens,
dulcis Guatimala, salve!

Virgilio Rodríguez Beteta

Madrid, octubre de 1931.

Notas sobre Rafael Landívar...

(Viene de la página primera)

mejor sus traducciones. Me aseguraron que hay de ellas excelentes. ¡Y yo que no creo ni en los sinónimos! Luego mis juicios están mal fundados desde el principio. Y no hay remedio.

No seré yo quien repita una vez más la opinión del gran don Marcelino Menéndez y Pelayo. Sobrará quien lo haga... Y creo que la conocemos... Los comentaristas del poeta se han limitado a girar dócilmente en torno al juicio del memorable crítico. Quedó Landívar inamovible para nuestros tímidos comentaristas. ¿Qué dice don Marcelino del Arcipreste? En toda una Historia de las Ideas Estéticas ¿no juzga a Coleridge en media página? Y aquel "pobre John Keats" ¿no es acaso de los más grandes poetas modernos, no sólo de Inglaterra sino de Europa? Nuestros comentaristas... Pero ¡si no los hay! A un poeta como Landívar, o, simplemente, a un poeta, cómo debe ofenderle la admiración sin reserva, sin ataque, la victoria fácil, inútil, obvia...

"Me cansa—me dice Miguel Angel Asturias, "pero me gusta". Yo también siento ese cansancio y deseo explicármelo. Mi amigo ve el origen de su cansancio en la Retórica y me habla a ese propósito de San Jorge y el Dragón. Pero sin duda hay muchas otras causas más importantes en la ocasión que la primaria apuntada por mi compañero. Desde luego, cuando vencida se duerme la bestia a los pies del héroe, es cuando despierta la Gracia. Y durante el combate ¡hasta el lector siente ganas de dormir!... Y la emprendo contra el traductor. El poeta luchó contra su dragón. Y el traductor (sin tener la mente del poeta, sus designios secretos, ocultos, que el poeta mismo siente sin explicárselos, abatida su razón por lo maravilloso) lucha con el dragón del poeta y con su propio dragón. Elimino el problema de la traducción: no se podría seguir adelante. La fatiga me prueba: que siento mal el poema o que no me deleita. Observo que la fatiga me viene después de lectura prolongada. Recuerdo algunas fábulas de La Fontaine: tan nobles, tan perfectas, tan cansadas... Perfección mantenida, intensidad mantenida que resbala, sola, a sensación de monotonía. Preocupación de Landívar por la parte formal. Nuestra literatura de la Colonia era prolongación de la literatura de la península. La literatura de la península se bastaba plenamente en ideas, formas... Landívar cantó nuestra tierra, nuestra vida, como sólo él las ha cantado. Como un gran poeta. El refinamiento de Landívar lo situaba poéticamente en el plano de los grandes peninsulares de su época. Y, como era americano, no podía interesarles sino hasta cierto punto... Ese criterio prevalece. Europa se decide al libro americano por particular curiosidad, por lo exótico, por lo pintoresco. La cursilería de novelas y cuentos regionales ha sido vencida en muy raros libros, en aquellos en que la intemperancia del color local, tan amada de los ramplones, es apenas pretexto y casi invisible como la elegancia. Lo que Europa demanda a América es ¡aun! la especia. Esa es la exigencia de la mayoría; pero existe ya una minoría que nos conoce, que se esfuerza en ello, que nos estima y quiere. Y sólo esa minoría es la que puede interesarnos. (El año pasado, cuando estuve algunas semanas en México ¡qué cansancio sentí por el aprecio elemental de que gozan, en cierto medio, las artes populares! Varias veces he hecho el elogio de ellas y me siguen pareciendo admirables en lo que son. Y nada más. El resto es pésima literatura: zarape, china poblana, cacharros... La tontería está maculando su transparencia. Hay que glorificar sus corifeos con estátuas ecuestres, sobre mulitas de los corpus...) Aristocracia de Landívar. La materia misma de todo poema es intelectual y, por lo tanto, incorruptible. Aristocracia de Landívar; pero las palabras envejecen, las formas también, los sujetos se vuelven opacos...

Dar una opinión sobre otro es como darla sobre nosotros mismos: nos situamos. Yo quiero a Landívar yendo a contra-corriente en su gran obra fluvial. Volveré a leerle después de éstas notas y me dará placer y enojo. Mi entusiasmo es intermitente, pero no dude del poeta. Quisiera... Tomo en cuenta—y no es excusa—que el género de poema que es la Rusticatio *es de los más expuestos a la incontinencia realista. Abro el libro al azar y siempre encuentro la misma maestría, el dibujo preciso, justo, firme... Los versos van rayando la inteligencia con línea segura, pero uniforme. La longitud considerable del poema aumenta el relieve de ésta sensación: monotonía realista, de paisaje directo, de verso con propósito. Etapa de la poesía en que sólo anda —diría Alfonso Reyes—y ahora ya sólo queremos la que vuela. En parte, asunto de época. Los fragmentos de poesía que vuela—de poesía—son los que nos incitan de nuevo a leer. Los oasis. Gran parte del poema es tema para tratarse en prosa. En verso sólo se escribe lo que desborda de la prosa, lo que no puede ser en ella.*

La obra de Landívar mantiene su equilibrio por su magnífica retórica. El culteranismo de Landívar es el de su época. Culteranismo barroco al final de la siempre recomenzada y sin fin marejada de Góngora. Culteranismo del siglo esa pureza de la columna desnuda, segura de sí misma, sosteniendo un techo de gusto difícil y cansado que parece sólo esforzarse en probar su armonía. En lo muy moderno de su siglo cuando está como velado o ausente el ejemplo retórico, es cuando el paisaje de Landívar se ilumina y canta. El gongorismo no es sólo una cuestión retórica, como han pensado críticos someros o bisoños, sino que es definida y pura posición estética. El equilibrio de la obra mantenido por su retórica es secundario para nosotros. Lo que nos interesa es la frecuencia de los relámpagos poéticos. Esa es la vida, la razón de ser del poema. La poesía pura no existe. Es un ideal que nos sirve de blanco, un ideal para luchar toda la vida con el afán de aproximarnos a él. A lo largo de un poema hay momentos en que percibimos, en que sentimos la vecindad inefable de ese ideal: culminaciones del verbo más allá de la razón y de todo propósito, momento divino en sí de manera perfecta, gratuita... La Divina Comedia *es muy rica en esos momentos mágicos. Momentos de la flor, de la espuma en la cúspide de la ola, mar afirmándose con reiteración vibrante. La limitación de la frecuencia de esos instantes es la causa principal de mi cansancio. Su transparencia le defiende con porfía: Landívar es diáfano, es límpido a lo largo de su ejercicio lírico. Y hasta la prolongada diafanidad nos cansa... Los gustos, los ideales de una época transforman en obras incoloras obras que fueron celebradas. Gran parte de la materia de la obra de Landívar nos desanima. Sin su perfección no habría vuelto a él, ni volvería. Podría decir exagerando sobre la* Rusticatio *lo que siento, sin exagerar, ante un cuadro religioso: ya casi no lo entiendo. ¿Cómo voy a comprenderlo cuando la cruz es algo para mí perfectamente lejano y negativo? Los que gozaron con obras semejantes han desaparecido, están desapareciendo... En la mayoría es pereza, ignorancia y rutina. En nosotros ya no suscitan las mismas emociones que de seguro suscitaron en lector refinado de hace años. El hecho de que actualmente no estén convencidos de ésta afirmación sino muy pocos, no impide que consideremos artesanos a los que miran el arte como simple sport de la inteligencia, y sus obras, construidas con dificultad y esfuerzo, no resisten a la reflexión determinada de la época.*

Algo de lo dicho aquí quería decirte y algo habría deseado callar en esta tarde del 27 de octubre de 1931 en que te he recordado con afecto vehemente, gran Rafael Landívar,—triple paisano mío,—quisiera decirte lo que está pensando esa última rosa del año, quisiera que la rosa te dijera lo que yo no te dije...

L. Cardoza y Aragón

París, 1931.

Hégel y América

—De *El Sol*. Madrid.—

(Véase la entrega anterior.)

2.—América coloca el pensamiento histórico de Hégel en una situación dramática, mejor aún, paradójica. Cuando una idea sufre de sí misma y lleva en su interior dolorido un drama lógico adopta la máscara escénica de la paradoja. En este caso es lo paradójico que Hégel no puede instalar a América—por ser un porvenir—en el cuerpo de su Historia universal. Ya hemos visto que para Hégel lo histórico es, en un sentido muy esencial, lo pasado. Termina en el presente, cuya constitución es ya de carácter definitivo, inmutable, y no puede pasar. Prisionero de su propia perfección, hieratizado en ella, se condena el presente a una perdurabilidad que a mí me parecería desesperante. La etapa actual de la historia sería, por fin, la meta lograda, el lugar apetecido, y en busca del cual todo el pretérito se afanó, se movió y, por lo mismo, pasó. Si yo estuviera convencido de esta idea hegeliana y me sintiese adscrito a este eterno presente se me iría con nostalgia el alma hacia el pasado, que era un camino y un andar—no, como el presente, un haber llegado y reposar.—Como Cervantes decía, es preferible el camino a la posada.

Pero la paradoja no radica en que Hégel elimine a América—repito, a un futuro—del cuerpo propiamente histórico, sino que, no pudiendo colocarla ni en el presente ni en el pasado propiamente tal, tiene que alojarla . . . ¿Dónde dirán ustedes? Pues en la Prehistoria.

La Prehistoria goza en el pensamiento hegeliano de un valor sustantivo. No es, simplemente, la madrugada oscura de la Historia, su primer capítulo tenebroso o lívido. Es francamente no-Historia, ante-Historia. La Historia, hemos visto, no comienza mientras no entra en escena el hombre espiritual; por tanto, el Espíritu, consciente de sí mismo, con una consciencia muy tosca de sí, pero atento ya a sí. El síntoma de esto, para Hégel, es la existencia de un Estado. No sorprende este privilegio concedido por Hégel a lo político. Conocerse a sí mismo el Espíritu es caer en la cuenta de que es libre, de que existe una realidad insumisa a mandatos ajenos, dueña y señora de sí misma, autónoma. Libre es el que se determina a sí mismo, el que se da a sí propio leyes. Ahora bien: la existencia en el Universo de algo que merezca el nombre de Estado es la existencia de algo que da leyes y que no las recibe; por tanto, que se da a sí mismo sus leyes. En la Naturaleza no existe nada parecido: cada cosa en ella está sometida a otra externa a ella; es por esencia esclava. La aparición del Estado es la iniciación de una realidad nueva, sobrenatural; es el anuncio de que nace un orbe cuya sustancia es Libertad. Es el orbe histórico o sobrenatural, cuya vida y evolución no consiste en más que en un "progreso de la conciencia de libertad".

En la Naturaleza propiamente no pasa nada, por la sencilla razón de que *siempre* pasa lo mismo. El cordero que nace mañana es lo mismo que el cordero nacido hoy, o ayer o hace mil años. La vida del árbol desde que fué simiente hasta que él da simiente es un ciclo siempre idéntico. La vida natural termina siempre en un individuo igual al que fué: el padre en el hijo, que es otro ejemplar igual a él. En la Naturaleza, la variación es pura repetición. Por eso—dice Hégel—la Naturaleza es aburrida. "No pasa nada nuevo bajo el Sol natural." (1). Sólo hay evolución cuando el Espíritu comienza. Entonces ya no hay más que evolución y empiezan a pasar cosas siempre nuevas. En el tiempo espiritual de la Historia no hay dos días iguales. El ayer es un auténtico ayer, un definitivo pasado, que no se repetirá jamás. Basta que haya sido para que el mañana se diferencie de él y lo supere, se *libere* de él. La Historia es el libertarse de la repetición y del aburrimiento. La Historia es lo divertido.

En cambio, la Prehistoria nos habla del hombre natural (los alemanes llaman al salvaje o primitivo *Naturmensch)*, del hombre que aun no sospecha su latente potencia espiritual y pervive sonámbulo como el animal o la planta.

Antes que Hégel había sugerido Schelling la idea de una esencial Prehistoria. En la *Introducción a la filosofía de la Mitología*, que recoge ideas suyas más antiguas, dice: "El simple concepto de un tiempo rigorosamente prehistórico excluye todo *antes y después* que en él se quiera pensar. Porque si en él pudiese *pasar* algo no sería rigorosamente prehistórico, sino que pertenecería ya al tiempo histórico . . . El prehistórico es, por su misma naturaleza, indivisible, idéntico", no admite diferencia de tiempos interiores. En suma: un tiempo es prehistórico no porque ignoremos lo que en él pasó, sino, al revés, porque en él no pasó nunca nada, sino que pasó siempre lo mismo, y el pasado, en vez de pasar, se repitió pertinazmente.

Hay porciones de la Humanidad que hasta nuestros días perduran en esa situación prehistórica. Los pueblos salvajes no tienen historia, como no la tienen las abejas o los termites. Al estudio de estos seres se ha llamado Historia Natural, concepto absurdo. La única Historia Natural es la Prehistoria, en la que estudiamos a un ser que puede ser histórico cuando aún es sólo natural. Prisionero aún de la naturaleza vive el hombre ignaro de sí mismo, enajenado y fuera de su propio ser. Vive, pues, incubando un futuro ser. Esto es, en general, para Hégel la Naturaleza: aquella realidad que precede y prepara al Espíritu. En ella, mezclado con los animales y con el paisaje, fermenta lo humano. Allí debemos buscarlo; por tanto, la Prehistoria es Geografía. En el capítulo geográfico de sus *Lecciones de filosofía de la Historia* es donde paradójicamente hallamos instalada a América. Después de todo, no es sorprendente. Si decimos de ella que es un futuro, decimos que aun no es lo que va a ser y puede ser. Ahora bien: esto es precisamente la Naturaleza. Como para Hégel sólo *es* verdaderamente el Espíritu, la realidad de la Naturaleza consiste en algo que va a ser Espíritu, pero que aun no lo es. Así se explica que hallemos alojado el futuro en el absoluto pretérito que es la Prehistoría natural, la Geografía.

Y, en efecto, Hégel ve en todo lo americano el carácter de inmadurez. Empezando por la tierra misma. Para él, América es el nuevo mundo; incluye, pues, la Oceanía. "El nuevo mundo no es sólo relativamente nuevo, sino en absoluto, incluso en su constitución física y política." "No quiero negar al nuevo mundo el honor de haber salido de las aguas al tiempo de la creación, como suele decirse. Sin embargo, el mar de las Islas, que se extiende entre América del Sur y Asia, revela cierta inmaturidad por lo que toca también a su origen. La mayor parte de las islas se asientan sobre corales y están hechas de modo que más bien parecen cubrimiento de rocas surgidas recientemente de las profundidades marinas, y ostentan el carácter de algo nacido hace poco tiempo".

Junto a la inmadurez, o como expresión de ella, encuentra Hégel la insuficiencia, la debilidad. "Las tierras del Atlántico que tenían una cultura cuando fueron descubiertas por los europeos la perdieron al entrar en contacto con éstos. La conquista del país señaló la ruina de su cultura, de la cual conservamos noticias. Se reducen éstas a hacernos saber que se trataba de una cultura natural, que había de perecer tan pronto como el Espíritu se acercara a ella. América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente, en lo físico como en lo espiritual. Los indígenas, desde el desembarco de los europeos, han ido pereciendo al soplo de la actividad europea. En los animales mismos se advierte igual inferioridad que en los hombres. La fauna tiene leones, tigres, cocodrilos, etc.; pero estas fieras, aunque poseen parecido notable con las formas del viejo mundo, son, sin embargo, en todos los sentidos más pequeñas, más débiles, más impotentes. Aseguran que los animales comestibles no son en el nuevo mundo tan nutritivos como los del viejo. Hay en América grandes rebaños de vacuno; pero la carne de vaca europea es considerada allí como un bocado exquisito."

Durante los sesenta años que aproximadamente no se ha leído a Hégel, se le acusó de opinar sobre las cosas—históricas y naturales—con soberana arbitrariedad. Y no se insinuaba al decir esto que procediese mediante puras deducciones y abtracto goemetrismo de ideas—uso natural en quien no pretendía hacer otra cosa—, sino que ha-

(1) Es sorprendente que Hégel, gran inventor de la idea de evolución, no acierte a descubrirla en las especies vivientes.

blaba ligeramente, sin previa inmersión en el estudio minucioso de los hechos. Mas cuando se vuelve a leer a Hégel se advertirá con sorpresa que la verdad es todo lo contrario. Maravilla la enormidad de saber detallado que en este hombre se acumuló. Sobre todo, en esta *Filosofía de la Historia* demuestra haber absorbido toda la información asequible en su época. Y vemos que las mayores fallas de su obra no se originan en su método especulativo, sino en la limitación que todo saber empírico parece.

Pero como no se trata de extender a Hégel un certificado escolar de suficiencia, sino, por el contrario, de asomarse conmovidamente a su enorme espíritu para sorprender la refracción momentánea del Universo en aquel medio ejemplar, estas limitaciones nos causan placer, porque dan autenticidad histórica y vital al espectáculo. Las *gaucheries* de las viejas fotografías son, a la par, su encanto mayor. Ellas, y no los elementos correctos y como actuales, nos arrancan del presente y nos trasladan con voluptuosa magia histórica a aquella hora pasada. Así, ahora nos parece ver a Hégel, bajo su gran gorro moscovita, leyendo en su despacho una relación de viajes por América donde se hace notar que allá se prefiere el *beefsteak* europeo al indígena.

Niña, reciente, coralina y tierna la tierra del nuevo mundo; débiles sus fieras y sus hombres y sus culturas autóctonas. No se puede desconocer la sutileza con que todo esto está visto en 1820. Porque es el caso que posteriormente no ha hecho sino acentuarse ante la investigación científica, ese carácter extraño de la fauna y del indígena americanos. ¿Cómo destaca Hégel, desde luego, sin titubeo y tan certeramente, esa peculiar debilidad y aptitud a volatilizarse o desvanecerse de los indios americanos? Una y otra vez insiste en la facilidad, en la prisa con que, al llegar los fuertes europeos, estas razas de América y del mar del Sur han huído a la nada, se han refugiado en el no ser. "Las debilidades del carácter americano han sido la causa de que se hayan llevado a América negros para los trabajos rudos. Los negros son mucho más sensibles a la cultura europea que los indígenas. Algunas costumbres han adoptado, sin duda, los indígenas al contacto con los europeos; entre otras, la de beber aguardiente, que ha acarreado en ellos consecuencias destructoras. En América del Sur y en México, los habitantes que tienen el sentimiento de la independencia, los *criollos*, han nacido de la mezcla con los españoles y los portugueses. Sólo éstos han podido encumbrarse al superior sentimiento y deseo de la independencia. (Nótese, de la libertad.) Son los que dan el tono. Al parecer, hay pocas tribus indígenas que sientan igual."

En cuanto a la fauna, leo estos días un curioso estudio de cierto biogeógrafo que explica ingeniosamente la procedencia de esas especies extrañísimas características de América del Sur y Oceanía. Su debilidad e inmaturez, tan agudamente vistas por Hégel, proceden de que son las primigenias, como nadie ignora. Lo que conviene explicar es por qué han radicado en esas porciones del globo y son en las demás absoletas. Otro día hablaré sobre esta reciente explicación. Pero es indudable que Hégel aceptaría como auxiliar de su opinión ese atributo de arcaísmo que la ciencia postdarwiniana dedica a esas especies. La especie más vieja es, como especie y mientras pervive, infantil en relación con las más nuevas y completas. Sería, pues, un mundo biológico perpetuamente niño, y no es exagerado afirmar que Hégel ve a América—en su geología, en su fauna, en sus indios y, como ahora observaremos, en su retoño colonial—como una niñez perdurable de la Ecumene.

José Ortega y Gasset 25 de marzo de 1928.

Estampas

Un credo al servicio de los mayores intereses nacionales

Guía un joven de honor y de inteligencia clara

—Colaboración directa—

¿Cual será la sensibilidad del país en el movimiento político que emprende ahora el núcleo nacionalista? No nos hagamos ilusiones, pero aspiremos a que sea sensibilidad capaz de hacer fuerte un credo puesto al servicio de los más grandes intereses nacionales. Organizado el Nacionalismo va a librar su batalla electoral. Y la librará teniendo como guía a un hombre de juventud limpia, de inteligencia clara. Extraña en nuestro medio lleno de vicios y de cobardías la resolución de una asamblea que designa a don Max Koberg Bolandi, sin la consulta previa al ciudadano de prestigios políticos. ¿Qué es para el costarricense el ciudadano de prestigios políticos? Es el hombre de larga vida de campañas eleccionarias. En ellas ha ido adquiriendo la gran habilidad para hacer combinaciones, para calcular. En verdad toda la política electoral nuestra ha sido nada más que política de combinaciones. Pues los ciudadanos que han corrido por los trillos de esa rutina son aquí los que en todo tiempo imponen candidatos y candidaturas. Ahora un grupos de ciudadanos jóvenes, sin conexiones con la vieja política, deciden romper con la tradición. Y la rompen con valor presentando al país una vida nueva, la vida de un joven de honor. El Nacionalismo señala, no hay duda, el comienzo de una posible era de renovaciones en nuestra ideología política. Los que viligan con espíritu fuerte los intereses de la patria sienten el suceso como precursor de grandes beneficios. ¿Por qué continuar imponiendo los procedimientos de una política detestable? ¿No ha avanzado nada la mentalidad del costarricense? Los nacionalistas han debido plantearse muchas preguntas antes de llegar a la asamblea. No querían encajonarla dentro de la horrenda rutina en que la han visto y sentido generación tras generación. El espíritu nacionalista significa renovación en todos los campos. De manera que lo primero es afirmar que la política viene apestada de todos los vicios y las deformidades que las pasiones bárbaras del hombre meten en ella. Desgraciada política en la cual nunca se cumple nada de lo prometido. A ella se va a engañar. La obsesión del triunfo ciega por entero el alma humana. Apuntando al triunfo todo camino es bueno para el tránsito. Hay por el fracaso un sentimiento profundo de horror. ¿Y qué es para el político el fracaso? No obtener la presidencia o las diputaciones. En esta persecución dejan hasta la vida. Es una lucha de instintos. No puede mantenerse ninguna ideología. Si para empezar un movimiento presentan puntos de vista de los intereses nacionales, de la forma en

ERRATAS

En esta entrega, en la página 375, columna primera, renglón 2.º léase:
eleccionaria, pero no a sentirse derrotado
En la misma página 375, columna 3ra., renglón quinto, léase:
el canto rojo del hombre sin patria

que debe tratarlos el Gobierno, para rematar con el triunfo ese movimiento, olvidan y escarnecen tales puntos de vista. Y es natural que sintiendo por el fracaso, es decir, por la no posesión del mando, horror mortal, tengan los ciudadanos dirigentes de la política que sacrificar en la persecución del triunfo cuanto de noble pudiera ofrecer al país.

Dirán que toda política es superación, pero la que suele verse aquí es superación en el sentido negativo, esto es, infecundo. Superar las habilidades para penetrar la masa electoral, aprovecharse de la ignorancia de esa masa y hacerle más densa la tiniebla. Por esto hay tanta mudanza en la política. No tiene la lucha el rumbo despejado. Sigue el tortuoso de lo oscuro. Si hoy deben morder hasta lo profundo, mañana, necesitarán aplicar calmantes a la herida de ayer. No por espíritu de redención, sino por vileza. El rencor, la furia con que se clavó el diente afilado siguen listas para un nuevo asalto. Mas las circunstancias, que son el eje de la política, hacen variar la faz de los sucesos en que se debaten los ciudadanos. Por la circunstancias, se escarnece en este año y en este mes de agitación a un hombre. Por las circunstancias los mismos escarnecedores lo colman de elogios y lo proclaman grande y sin mácula. Las circunstancias en política son la causa que mayormente degradas la vida humana. Y la degrada tanto para el escarnecedor como para el escarnecido. ¿Es posible que se estreche la mano y reciba la zalamería y el elogio de aquel que gritó desaforadamente en las plazas públicas, o estampó horrores en las columnas de los periódicos? ¿Cómo puede el escarnecido sentir que es cierto el decir y el accionar del escarnecedor de hace unos años? ¡Ah! son las malditas circunstancias. La miseria carcomiendo el honor de las gentes. No imaginen lo bobalicones que nos aferramos a odios y a venganzas. No. Sólo queremos decir que la honra debe defenderse del hartazgo. ¿Qué es el hombre si deja que su honor ruede entre los pies del escarnio?

Para la ambición del político es muy sencillo acostumbrarse a las circunstancias. Hasta vive en ellas y las tiene como justificación de sus veleidades. Ha llegado a sentirse reatado a la salvación del país, de cualquier país, sea el nuestro o el grande de Inglaterra. No vacila por esa creencia infundada en prestarse para que en todo momento lo alcen los que acaban de condenarlo. No tiene otro fin su vida que la de la conquista del mando. Y el mando sin arraigo en el corazón de los ciudadanos. Por eso no hace diferencia entre éstos que lo miraron con asco y aquéllos que trataron de ser su respaldo en momentos de prueba. A él llega el rumor común y no permite que sea nunca la voz destacada, que es la de bien y la de honor, la que penetre sus oídos. Quiere ser la imposición sobre cabezas y para conseguirlo olvida los corazones.

En ese panorama de todos los tiempos ve el ciudadano que se ha librado del contagio político, alzarse la aspiración nacionalista ¿Cómo ha podido dejar de tomar en cuenta la vieja política? Porque el nacionalismo es crisol y lo que no resiste la prueba del fuego templador queda en la escoria. En nuestro país el movimiento nacionalista comienza. Y es un hermoso y fecundo comienzo. Para dar la batalla electoral destaca un espíritu nuevo. No se pone el elegido a pensar si debe someterse al cariño y al reconocimiento de quienes lo eligen. Sabe que hay que trabajar por un gran credo y afirma su amor en los principios nacionalistas. Nos parece que este joven da una lección severa. Lo vemos sin ambiciones. Lo primero que habría dicho, de ser de la casta de los políticos, tendría relación con las posibilidades del triunfo. Y no lo ha dicho. No sabe si el triunfo del político le vendrá. Pero sí sabe que trabaja para un futuro de grandes posibilidades. El mando no lo desvela. Es más, no lo toma en cuenta. Porque el mando entre nosotros no sirve a los ciudadanos para dar una batalla grande en favor de los intereses de la Nación. Cuando lo cogen es para satisfacer pasiones, vanidades, estupideces. El Nacionalismo quiere influir en la resolución y orientación de los problemas del país, pero desde

el campo de las ideas. Ahora va a la lucha eleccionaria, pero no ha sentirse derrotado porque los ciudadanos le nieguen sufragios. Nuestra masa electoral es maleable. Pero los principios necesitan defensa. Por ellos hay que estar alerta, resuelto el hombre a no permitir que los listos los malogren. Si coge el Nacionalismo arraigo en la conciencia popular no necesitará entonces el político pensar en desvivirse por burlarle el mando. ¿Para qué el triunfo del político, si ya las ideas han impuesto su dominio sobre la conciencia que opaca y envenena la política centenaria?

Hablemos y habrá quien diga que hay en nuestra expresión la pretensión de ser la voz del Nacionalismo. Pero, no es en verdad anhelo de señalar rumbos a un partido de ideas avanzadas, lo que nos hace reflexionar. Aspiramos a ser unidad de la ideología nacionalista. No unidad que comparte blanduras, sino durezas. Decimos lo que a nuestro juicio es la política vieja y el bien que ha venido a hacer el Nacionalismo con apartarse de ella, porque pensamos que se sirve de buena manera al país. Y en el servicio al país estamos todos los que lo queremos libre de retardos, de peligros, de taimados. No pretendemos ser rumberos. En verdad el rumbero debe nacer en cada nacionalista para que sea mayor el contraste con la política vieja. No esperar a que adivinen otros el camino ni impongan compás a la marcha, cuando cada uno de nosotros sabe que ese camino y esa marcha deben salir de nuestra vida. Sacrificio, sacrificio es lo que gritan los intereses del país a quienes deben defenderlos y darles trato altísimo. Lo fatal es pensar que el grito debe transformarse en llamada al elegido. La política vieja tiene elegidos. La política nueva, que es la del Nacionalismo que vemos organizarse en una alborada venturosa, no tiene sino unidades con idénticas responsabilidades y los mismos supremos deberes. Por ello aspiramos a ser unidades de ese Nacionalismo que destaca la figura honrada e inteligente de un joven austero y de fortaleza moral.

Juan del Camino

Cartago, y diciembre del 31.

Poesías

170 Kms. de montaña para la burguesía

—De *Llamada*. México. D. F.—

Hace tantos meses que vienen haciendo el camino...
Han atravesado zonas frías y cálidas.
Ahora están en la montaña misma,
en plena sierra peñascuda y gigante.
Escuadrones de hombres inclinados como plantas
vivas
en los desfiladeros mortales.
Las curvas de los picos y de las espaldas.

Ahora penetran en la roca
armados de barras rectas y firmes de hierro.
Con los golpes agudos caen las masas poderosas,
los pedazos desnudos de las piedras.
Granadazos de roca y tierra!

Pero el camino va abriéndose
en la montaña terca
bajo las dinamitas que estallan.

Las perforadoras terribles,
eléctricas y nerviosas,
trepidando sobre la roca viva,
agrietándola con su parpadeo nervioso y agudo.

Y la armoniosa y fuerte máquina
va desarmándose día a día.
Ha caído el corazón...
un pulmón...
los riñones...

Pero ellos van y vienen bajo la mañana de fuego.

Ayer voló dinamitado en el aire el brazo
de un trabajador.

Hoy ví venir a 15 o 20 hombres
con los rostros oscuros caídos y dramáticos
cargando sobre los hombros el cuerpo deshecho
de un compañero
cubierto con una cobija parda.
Sólo pude ver las gruesas y pesadas plantas
sobre el noble guarache indígena.

La tierra estaba generosamente fragante...
El camino va quedando abierto.
170 kilómetros de montaña...
para la burguesía veloz.

Ellos están debilitados, mutilados, deshechos.
Pasaron por la grandiosa montaña
sin gozar.
Sin frescura en los ojos para ver.
Sin oler,
sin oir,
sin ver!! sin ver!!

Blanca Luz Brum

Poemas de Omar Estrella

Himno

En la loca alegría del amanecer se han abierto....
todos los balcones del cielo para la salida del sol.

Emoción ruidosa del amanecer donde despiertan
los pájaros
que encienden
fogatas de cantos

sobre los panoramas sin júbilo
de los hombres huérfanos de libertad

(ave hacia todos los climas)
brújula humana del pensamiento señalando
LA VIDA—
los vientres maternales amenazan al mundo!

las montañas se han abierto en bocaminas y
anuncian
el rojo advenimiento de nuevos derroteros.

alegría del hombre—que estalla
en carcajadas de máquinas y fulguraciones de
radio—

locomotoras dichosas parten
hacia la ciudad universal
veinte centurias preñadas
se aprestan para dar a luz la NUEVA AURORA

hermanos:
bajo la neblina sin sol—los Andes florecen
el canto rojo del nombre sin patria.

encaucemos las bravas estepas donde la aurora
izará nuestras banderas revolucionarias—

arqueros de distancias
frente a la vida que dilata el sufrimiento

ave hacia todos los climas—
luminaria triunfante en todos los panoramas—

CANTO ROJO SIN PATRIA
Y SIN FRONTERAS.

aquí estamos los hombres:
pronto serán nuestros cuerpos—PUENTE
para el paso de triunfo hacia el futuro
de la Humanidad:

O LA REVOLUCION SOCIAL.

Altiplano

Puna!
puerco espín de púas erizadas
donde danzan los vientos agarrados de las manos

sinfonía entusiasta de vientos y zampoñas—
roja angustia trizada de saltarines huayños
música con pómulos salientes de charangos
y de ojos que flamean banderitas de alcohol.

aires con sabor de tristeza
campesina.

aquí se han situado las distancias indígenas
frente al panorama ardiente de mis ojos
judíos.

corazón vagabundo de esperanza
bajo un cielo altiplánico.

aquí aspiramos las primeras brisas
frescas de soledades libertarias.

Omar Estrella

Omar Estrella es uno de los nuevos y grandes poetas de América. Su lírica varonil, máscula, y sin embargo precisa. Canta al mundo, a la belleza, a la lucha y descubre ritmos desconocidos. Poeta de extraordinaria fuerza y de enorme modestia, vive en un rincón perdido del Continente, al lado de los humildes y dando lo mejor de su espíritu a todos los que le conocen. En Omar Estrella tenemos al poeta de las masas proletarias seguras de su triunfo, rudas, altivas y con una conciencia revolucionaria.

Adelino Mendouça

La luna de mi luna

—Envío del autor—

La luz de la luna
es el sol de mi alegría.
La luna que pule la llanura
y lame de sierpe
el monte de mis buenos días;
movimiento que fijo
requiere el infinito.
Imitación del mar de mis congojas,
brazos abiertos
sin carnes que estrechar.
Una nube empaña el optimismo
de mi luna campesina;
me queda la luz verde
filtrada por las nubes
que arropan el llanto y las heridas
de mi luna...

Max Jiménez

Coronado, Diciembre de 1931.

(*Huayños* son los cantos tristes de los indios de Bolivia. *Charangos*, instrumentos de cuerda con los que se acompañan en sus cantos).

En la peregrinación de Ricardo Rendón hacia el tercer reino

Discurso pronunciado por Alberto Lleras Camargo en nombre de El Tiempo, de Bogotá, ante el cadáver del artista

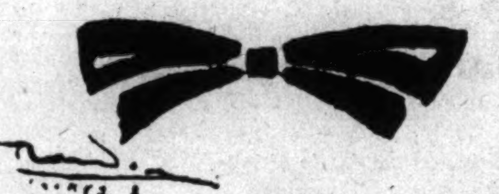
= De *El Tiempo*. 30, Octubre, 1931. Bogotá. =

Compañeros:

También en el vientre de la gran aldea alienta una vida turbia, que se inicia en la noche, tartamudea hasta el amanecer, ronda las calles llenas de una niebla falsa de marina, donde cabecean los mástiles iluminados y apenas son guarida y refugio los cuadriláteros de luz de los fondines donde la miseria toma entrevesados parecidos con el misterio hampón de villas arduas y grandes. Cuando comienza la noche, suelen aparecer en los recovecos de la ciudad, tal como si se aflojaran las piedras añejas para darles paso, personajes sin garbo, que no tienen consistencia de carne, como los que se mueven bajo el sol con ansia y dirección. En vano procuraréis que os parezcan humildes, reales y exactos. Hay bruma en sus andares, bruma en sus palabras, bruma en la ceniza de sus tabacos, y que forma alrededor de ellos un equívoco clima de conspiración. asechanza, crimen, vergüenza, pillería o procaz intención. Durante la noche acuñan palabras falsas, sin sentido, en serie desorbitada y roen los talones de la ciudad con un ruidillo permanente de imprecaciones ardorosas y desligados motivos. Cuando creéis haberles oído un verso puro, sobre él cae el tajo desvergonzado de una injuria. Nunca podéis seguir el hilo de su discurso, que se pierde, se hunde, se enreda en el laberinto subconsciente, en la caverna de Bacon, y que de pronto reaparece para unir invisiblemente todo lo anterior con lo que ya no se dirá. Si queréis colocaros como detectives sobre esos poblados abismos de los cafés de media noche, jamás adivinaréis qué son estos hombres, porque no conocéis otros que los que están en vuestro catálogo, escalafón, medida, profesión y ruta, bajo la luz diurna, precisa y demoledora. Estos hombres no son nada. Alguno hace versos, casi siempre sin saberlo. Otro da vueltas al mundo en su mano y os sorprendéis de ver cómo lo arregla y desbarata, para vuestro pasmo; aquél dibuja toda la noche una cabeza que en veces recuerda una mujer y en veces se llena de barbas hirsutas, como le sobreviene una calvicie inopinada o se transforma de faz cardenalicia en abotagado rostro cesáreo; esotro levanta toda la noche un mito de novia que tiene de tiempo en tiempo un nombre diáfano, y en otro grotesco, pero que al llegar el alba se torna cenicienta por el varazo de un adjetivo soez; aqueste lucha contra un ángel, en las nieblas de una marcha de sí mismo, y os quisiera comunicar sus desolaciones, ánimos, caídas y andares, pero da traspiés contra su cuerpo, y la lengua rotoza irónicamente, para que todo se ahogue en el murmullo universal de la noche trémula. Al alba, los mástiles de las calles se van torneando en la luz. Las campanas voltean llamando a tropa a las gentes vulgares. Se abren puertas y se escurren viejas deformes, pegándose a las casas en un afán de sostenerlas para que no se derriben con las cornetas de los ebrios que las rondan, imprecándolas. El café que se cierra tumultuosamente, se reemplaza con el figón que echa su vaho de recién nacido. Los obreros pasan dormitando. Un mundo extravagante comienza a desperezarse. Los últimos vagos de la noche naufragan en la luz y tiritan antes de ahogarse, buscando un contacto con lo nuevo, una fugitiva conexión en los ojos de una mujer diurna, que se les antoja todavía como el resto de una mujer de media noche. Cuando las campanas dejan de sonar, el naufragio se ha consumado. La hostia de Dios sube al cielo purificando los pecados que se cometen en el círculo del día, y apenas habrá quién se acuerde de todos aquellos que no se pudieron cometer, entre esa obscura balumba de deseos, angustias, frases que se robó el ruido, intenciones que se enredaron en un trago de aguardiente, crímenes que no pasaron nunca del arquetipo, en todo ese mundo frustrado, siempre en proyección, siempre quebrado cuando iba a comenzar.

Quienes durante las horas de luz se atropellan, insultan y persiguen en lo que dijo Gracián: "Milicia es la vida contra la malicia del hombre"; quienes se engañan y destrozan o aran en silencio los surcos de los libros; quienes buscan penosamente la vinculación del egoísmo del hombre con el interés de la humanidad; quienes se fatigan en los discursos por orientar a las muchedumbres; quienes repiten en caricaturas diminutas las iras de Aquiles, las astucias de Ulises, las inspiraciones mosaicas, las disciplinas cesáreas, las audacias napoleónicas, las cóleras de Clemenceau, las majestades siniestras de Felipe II o las desvergüenzas de Benvenuto; los que desfiguran la tarea magna de la preñez y parto de la república; quienes quisieran hacer un mundo tan grande como el desaparecido, pero ligado en su grandeza a todas sus miserias y necesidades mínimas, no saben que en la turbia noche de los cafetines corre un agua que deslustra sus hazañas, las reduce a su proporción, las desnuda y desilusiona, agua que muele sus actos con indiferencia e inconsciente

(Pasa a la página 380)



Ricardo Rendón

(Visto por él mismo.)

RENDON

...Subyúgame, en un lado, la genialidad del pintor que logró sintetizar la amargura de la comicidad humana en los breves trazos de su línea ondulante y diabólica; que se hizo admirar de propios y extraños con fervor tan motivado, que el elogio a su arte se queda siempre corto; que al extraer el sentido vital de sus cuadros sencillos, apasionados e intensos, nos enseñó con rayas el arte de decir callando y de sugerir, en breves rasgos, dilatados procesos de análisis perfecto. Hay caricaturas suyas que reemplazan, con éxito brillante, editoriales, controversias y campañas.

Como aquellas lianas que guarda la maraña amazónica, que acendran sumos ponzoñosos engendradores de delirio en toda la extensión de su flexible tallo, así la línea de Rendón sudaba hilos de amargura por cada ondulación de su vagancia juguetona. Aquel terrible lápiz fue creador, como la varita de algún mago prodigioso.

(*El Tiempo*. Bogotá.) **Guillermo Valencia**

La naturaleza le concedió con mano larga el don maravilloso de deformar la figura humana para hacerla más elocuente y más sincera, simplificándola. Suprimiendo elementos inútiles de una fisonomía cualquiera desnudaba el alma que se esconde siempre maliciosamente detrás de cada rostro. Su lápiz temerario y perspicaz, como debía ser la justicia, sometía la cara del hombre a un procedimiento de triangulación mediante el cual era fácil

(Pasa a la página 382)

El concepto de Universidad en el Dr. don José María Castro

Discurso leído en el acto del jubileo del Colegio de Abogados de Costa Rica en la noche del 16 de Dic. de 1931

—*Envío del autor*—

Señores:

He aceptado con una satisfacción muy sincera, desarrollar, en esta celebración, el siguiente motivo: concepto de Universidad en el doctor don José María Castro. El tema parece un poco abstracto; pero yo he hecho el esfuerzo de darle un sentido de realidad. Mi interés ha sido procurar hacer una breve demostración de cómo pensaba el doctor Castro y qué fue lo que quiso hacer cuando, como primicia de su juventud ciudadana, hizo a su Patria el homenaje que resulta de haber fundado la Universidad de Santo Tomás.

Con ocasión del hecho que nos reune hoy aquí, celebrar los cincuenta años de existencia del Colegio de Abogados, me ha parecido natural que se quiera recordar la memoria del doctor Castro. Por la grandeza de su espíritu y por la finalidad y constancia de su obra educativa, él es—digamóslo sin egoísmo—la más alta figura del foro nacional. Al rendirle un tributo de simpatía, queremos simbolizar en él varios intereses: el del profesional, el del estadista, el del gobernante, el hombre de doctrinas definidas, a fin de que su personalidad constituya, hoy y siempre, un valor ejemplar para el que profesa su misma ciencia, y que como ciudadano quiere actuar conforme a sus eminentes normas.

Por otra parte, el Colegio de Abogados tiene una alta misión educadora que realizar en el país. Lo hace por medio de la Escuela de Derecho, la cual ha continuado representando la antigua tradición universitaria, y como uno de los urgentes problemas de la vida es el de definir un nuevo concepto de cultura, he considerado importante sorprender en la mentalidad del doctor Castro lo que él comprendió como esencia y finalidad de la institución universitaria. Como no se trata de una simple doctrina sino de un interés vital, que nos importa a todos, porque todos somos objeto de cultura, no puede dejar de relacionarse lo que en el doctor Castro se considere como filosofía educativa, y su norma de actuación en la vida. Tiene que haber un vínculo estrecho entre sus ideas y sus actos, para justificar el valor efectivo de sus ideas y para admitir, como excelente, el servicio que él le hizo a la conciencia pública de su país. La vida del doctor Castro está llena de episodios interesantes, todos ellos, revestidos de cierta grandeza patricia. Se le acusa de haber cometido evidentes contradicciones, pero examinadas éstas con un criterio de pura investigación histórica, no resulta

Dr. José María Castro — Según el cuadro que se haya en la Esc. de Derecho.

enpequeñecido el hombre. El doctor Castro llena, con su actividad, el período más trascendental de la historia costarricense. Elijamos como fecha de partida el año de 1843, en que se promulgó la ley de elección de la Universidad de Santo Tomás, hasta el año de 1892 en que termina su actuación de hombre con el ejemplo de un gran final en la vida. En este largo período de casi 50 años, él mantuvo un don que es el privilegio de muy pocos, el de una palpitante juventud de espíritu. Siempre jóven, dijo de él Pío Víquez.

Esos cincuenta años contituyen una época complicada, contradictoria, de prueba constante y, en una palabra, de organización. Al principio, casi nada existe. No se está muy lejos de la proclamación de la Independencia, y a nosotros la Independencia nos cogió de sorpresa. No teníamos doctrinas, no teníamos una mediana cultura adquirida, no teníamos experiencia de la vida política, no teníamos un grupo de hombres ilustres, no teníamos industrias y ni siquiera teníamos un pueblo. Lo que era nuestro pueblo en aquel entonces, no pasaba de ser una modesta familia del buen tiempo colonial, como si dijéramos. Los que conocen nuestra historia saben en qué grado de infantilidad vivió nuestra patria en los días de su nacimiento. Hay que ver la sencillez con que hablan nuestros repúblicos; su simplicidad en el lenguaje, la limitación de sus ideas, la vacilación de sus impulsos, y el desorden de las primeras horas. La presencia de don Braulio Carrillo en el Gobierno, se explica sin que por eso deba constituir un ejemplo. Tiene que haber habido, en aquella época, hombres como él que sintieran la necesidad de crear el orden como necesaria condición de la vida nacional. Él lo quiso crear con la dictadura vitalicia. No es un absurdo histórico. Las sociedades pueden encontrarse en estas exigentes situaciones. Carrillo le hizo un buen servicio a su país: estableció el orden, que es la vida. En lo que se equivocó Carrillo fué en la justa apreciación del alma costarricense. Esta alma hecha providencialmente para la Paz, es decir, para el Gobierno Civil. Y esto último fué lo que sí comprendió admirablemente el doctor Castro, con un sentido superior de visionario y de fuerte constructor de pueblos.

Él comprendió que el alma de los costarricenses posee una especie de levadura evangélica. Es una buena alma o una grande alma. No habia que atormentarla para que diera sus frutos; no había que humillarla en el patíbulo para crear en ella el sentido de la disciplina social; no había que deprimirla con los fueros indeseables del despotismo, para enseñarla a gobernarse racionalmente. Lo que había que hacer entonces era iluminarla; lo que había que hacer, era interesarla en generosas empresas; lo que había que cultivar en ella eran sentimientos humanitarios. Todo lo realizó el doctor José María Castro, y como estas siguen siendo nuestras mismas preocupaciones, de ello resulta la resonancia permanente en la conciencia costarricense del nombre de este ciudadano. Para iluminar el espíritu nacional fué que él creó la Universidad de Santo Tomás. Yo quiero decir, en nombre del principio de cultura humana, que el acontecimiento más grande de la historia costarricense, es la fundación de la Universidad. La Independencia, que constituye una virtuosa determinación, nos la dieron los hechos imperativos de una trascendental hora histórica del continente. Hasta nosotros, llegó la sombra fecundante de Bolívar y no podíamos menos de ser libres. Pero la erección de la Universidad, como célula materna de la cultura pública nacional, nace de un acto de voluntad supremo del espíritu. No es, pues, un simple hecho circunstancial. En verdad, es una apreciación de la eternidad de la Pa-

tria Costarricense. Entonces fué cuando el espíritu de este país afirmó sus derechos y cuando quedó sustentada como doctrina nuestra: que el régimen democrático no tiene otro fundamento que el de la cultura pública. La inauguración de la Universidad se verificó en 1844 como una de las fiestas con que se inauguraba el régimen constitucional de esa época. La constitución del 44 es civilizadora y cabe decir que después de la prueba de Carrillo, es ella la que inicia el régimen constitucional de Costa Rica. La idea de la importancia institucional de la Universidad aparece, tal como ha debido comprenderla su fundador, en el proyecto de reformas de 1883: "la Universidad es en jerarquía, la primera corporación de la República después de los supremos poderes nacionales".

La vida del doctor Castro está esencialmente vinculada a la acción civilizadora de la Universidad. Fué muy puntilloso él en cuanto a su propia reputación; se esmeró en adquirir un prestigio internacional. Talvez no lo hizo por simple orgullo de hombre. Él quería con el lustre de su vida, hacer a la suya acreedora al respeto de los extraños. Alguna vez dijo estas brillantes palabras que constituyen en verdad un programa moral de la nación: "no tenemos escuadras; tengamos la simpatía de las naciones".

Fué celoso en el desempeño de los diversos cargos públicos que se le encomendaron, tanto en el orden diplomático, como en el ejercicio de la magistratura Judicial, como en los Ministerios de Relaciones Exteriores y de Instrucción Pública, como en el Parlamento, como en el ejercicio de la Primera Magistratura; pero si se le hubiese preguntado, en las horas serenas de su ancianidad, en qué se complacía más como servidor de su país, habría dicho, acaso, que en su rectoría en la Universidad de Santo Tomás.

Su medio de actuar más eficazmente en el espíritu de su país ha sido esa institución. Ella cumplió su misión de la mejor manera, tuvo su época de esplendor, y él no fué ajeno a nada de eso. Circunstancias históricas, acaso inevitables, obligaron a los hombres que tenían deuda con ella a clausurarla y a dejar en su lugar, la Escuela de Derecho. Nosotros al reunirnos aquí, representamos el espíritu de aquella antigua institución y la vivimos un instante como en sus mejores horas.

Fiel a ese espíritu que constituye el principio de cultura nacional ,el doctor Castro realizó una vida fecunda en hechos edificantes. Los jóvenes que me escuchen se servirán excusarme de que renuncie a la satisfacción de hacer siquiera una breve biografía del doctor Castro. Supongo que no la ignoran. El doctor Castro es una de las personalidades más conocidas de la vida costarricense. Yo no podré, en este momento, sino referirme a ciertos actos y episodios de esa vida, que pintan al político ilustre, al espíritu despierto y universal, al republicano constante y sincero y al hombre de principios doctrinarios inconmovibles, para poner de relieve el hecho fundamental de nuestra república de que hombres de su especie son los que constituyen los valores de buena ley de nuestra historia en el pasado, ahora y en el porvenir. Yo quisiera decir de él que es el ciudadano por excelencia: consciente de sus propios deberes, comprensivo de los altos intereses públicos y preocupado por mantener su espíritu frente a la luz de los siglos. Zambrana decía: "El profesor más humilde que contribuya a educar un pueblo en la disciplina de la ley y a civilizar la ley para levantar con ella el nivel moral de una sociedad, es algo más que un grande hombre del siglo XIX. Es un ciudadano del siglo XX". Pero el doctor Castro es para nosotros un ciudadano de todos los tiempos, mientras la patria exista. Su memoria no podrá olvidarse y ganará más bien con el tiempo. Nuestra generación nada tiene que reprocharle. No piensa en el político combatido por sus feroces enemigos, ni piensa en sus errores, si es que cometió errores. No piensa en el hombre, que siempre es un juego complejo de grandezas y debilidades. Piensa en el patricio y cree que es ejemplar.

Siendo joven, le llamaron fundador de la república. Y los pueblos son justos. Le dieron ese título más bien cuando nada se esperaba de él y se lo dieron por su virtud. Así quedará por los siglos: como el fundador de la República.

El el fundador universitario de la República. Es nuestro Sarmiento. Me habría gustado encontrar en algunos de sus escritos el nombre de Sarmiento. Pero tengo la seguridad de que sigue de cerca la actuación del estadista educador argentino. El nuestro no es menos grande que aquel, aunque los escenarios sean distintos. Aquel creó la consciencia argentina. El nuestro creó la consciencia costarricense. Como Sarmiento sintió, al decir de Lugones: *La compasión a la ignorancia*. El nuestro vió con un sentimiento de profunda humanidad que la ignorancia es el mal de la República. Por eso, el doctor Castro, en vez de hacer simplemente gobierno, hizo luz. También su principio fue el mismo de Sarmiento: *Hay que educar al pueblo para que pueda ser libre.*

Nuestros hombres comprendieron que no podían construir la República en las tinieblas de la ignorancia popular. Si en los individuos, la ignorancia produce la servidumbre y la abyección, en los pueblos produce el desorden infecundo. Ilustrar para ellos, era vitalizar. Por este camino fue que llegaron a formular una política educadora, inspirada, más que en otra cosa, en las urgencias de la experiencia vivida. Esa filosofía se condensa en los dos primeros considerandos de la Ley de Erección de la Universidad.

1º—Qué sólo la ilustración pone al hombre en el importante conocimiento de sus derechos y obligaciones; que refrena y dirige sus pasiones; que siembra en su corazón los gérmenes de la dignidad y del honor, y que inspirándole sublimes y nobles sentimientos, le hace justo, benéfico y patriota.

2º—Que de esta manera la ilustración es el baluarte indestructible de la libertad de los pueblos, el firme apoyo de su tranquilidad, el Paladión de sus derechos, y la primordial causa de su engrandecimiento y prosperidad.

Era una filosofía práctica, digamos así, racionalista, acomodada a las condiciones de un pueblo de nuevo origen, sin tradición alguna ideológica y cuyo bienestar tenía que derivarlo de su prudencia en el vivir y de un persistente y honrado empeño de educarse. Así lo decía el doctor Castro, comentando los acontecimientos políticos del momento, en su discurso como Presidente de la Cámara de Diputados en 1845. "La transición de un régimen a otro, es la circunstancia de más peligro para los pueblos. Torrentes de sangre ha costado casi a todos la mutación de principios y de sistemas, y el dolor y la muerte han marcado muchas veces los cambios políticos de las más cultas naciones. A vista de tan fatal destino, es muy plausible que sin violencias ni trastornos, Costa Rica se haya desprendido de un orden de cosas que había creado hábitos y vinculado intereses, y que tan pronto se haya acomodado a las actuales bases constitutivas, dando así al mundo y a la posteridad el mejor testimonio de amor a la paz. Este bien que hoy se debe al apego de la propiedad y al poder de ciegas virtudes, es preciso para perpetuarlo, que algún día se deba al convencimiento del saber".

Esta devoción al poder de los principios fundados en la luz de la razón humana o en el libre ejercicio de las ideas, es la que le inspira sus saludables doctrinas presidenciales que él ofrece a los costarricenses, más como una lección y advertencia, que como una promesa: "Simple instrumento de la voluntad del soberano, no será mi voz la que impere, sino la del ilustre Congreso a quien toca guiarme en el desempeño de las delicadas funciones que se me encomiendan, y con el cual procuraré siempre guardar la armonía que demanda la profesión de unas mismas reglas y las tendencias dirigidas a un mismo fin."

"Si por desgracia algún día viera yo que a este término (al del ejercicio de la violencia), me conducen la injusta oposición del poder legislativo, la indolencia de mis amigos, el abandono de los hombres pensadores, y la frialdad y apatía de los egoístas, sin quedarme expeditos otros medios que los del terror, para dar un paso en la línea de la prosperidad social, haría dejación del mando, cualesquiera que fueran las consecuencias, la suerte que me tocase y la responsabilidad que hubiera de satisfacer."

Su concepto de hombre de gobierno costarricense lo encontramos varias veces expuesto, siquiera como doctrina, aunque no tenemos derecho a dudar de la fuerza y leal-

tad de sus propias palabras. He aquí el breve elogio que hace de don Juan Rafael Mora al ser electo este ciudadano para las funciones de la Vicepresidencia: "Un costarricense afable, sin vanidad ni aspiraciones, un denodado joven, tan prudente como activo, un ciudadano capaz y no propietario, un honrado padre de familia y un hombre benéfico, con un corazón para todos."

Esta sabiduría es la que inspira a la Universidad de Santo Tomás. La he sorprendido en muchas manifestaciones del doctor Castro y después de analizar su concepción universitaria, me afirmo más en mi convecimiento de la modernidad espiritual de este hombre. Si la Universidad no pudo mantenerse no fue porque le faltara un espíritu activo. Más se debe al descuido de los hombres, talvez no tanto en no comprenderla, como en dotarla de los medios materiales para vivir, entre lo cual entró mucho el personal de enseñanza en materias de cierto orden científico. En lo que ella se ha salvado es en el desarrollo del derecho, en todos sus aspectos. Como ha dicho don Mauro: ella es "el Alma Mater de los hombres notables de la Patria y fuente en que bebieron la ciencia los repúblicos que han brillado en Costa Rica". Esos hombres forman una espléndida generación que no desmerece ni por la amplitud de su espíritu, ni por la firmeza en los conocimientos. Nuestra patria, podemos decirlo, es una patria jurídica en donde la Ley preside con su majestad los destinos públicos.

El doctor Castro perteneció también a la escuela racional que ha sido, en verdad, la profesada por los mejores hombres de Costa Rica. Don Mauro define el pensamiento filosófico del doctor en estas austeras palabras que forman parte del grande elogio que el hizo del antiguo Rector de la Universidad: "Pertenecía el doctor Castro a aquella escuela filosófica que da preminente puesto a la razón ilustrada del hombre, como medio de redimirlo de la esclavitud de la ignorancia."

El doctor Castro hizo en fecha memorable, cuando debía colocarse en el salón de la universidad, el retrato de Fray José Antonio de Liendo y Goicoechea, grande elogio del insigne sacerdote racionalista, acaso una de las más altas mentalidaes de la América española, y entonces dijo: "A vista de las contradicciones y del furor de las diversas sectas, hastiado de las vocinglerías de los escolásticos, y convencido de que en las ciencias una es la verdad, y que la razón, y no la autoridad ni la fuerza, es el medio exclusivo de encontrarla, se decidió a cultivar privada y tranquilamente su pujante inteligencia"... "sin que le arredrasen la calumnia y las persecusiones de que, como reformador de viejas doctrinas había de ser el blanco."

Se complace en repetir los conceptos conque el Padre don José del Valle hace a su vez el elogio del maestro Liendo y Goicoechea: "En los estudios de Filosofía, tuvo la entereza noble de sostener los derechos de la razón, y cuando Jovellanos decía en España que mientras las Universidades fuesen lo que habían sido y lo que eran entonces, jamás progresarían en ellas las ciencias experimentales; el había ya combatido la tiranía escolástica, preparando un revolución feliz de ideas; dando lecciones de física experimental y leído un curso de Aritmética y Geometría".

"En nuestra Universidad no cesó de trabajar para que este establecimiento, fundado para perfeccionar el espíritu, no le empeorase cargándole de preocupaciones y paralogismos".

La idea del doctor sobre la importancia sociólogica de la ciencia, se ajusta perfectamente a las exigencias filosóficas contemporáneas, que se afanan en dar un sentido más vital a la obra universitaria. Dotarla de una forma compatible con la vida humana, como dice Ortega y Gasset. "La ciencia, desde que la filosofía moderna dió una nueva dirección a la inteligencia humana, consiste en mejorar la condición de los hombres, proporcionarles beneficios, aumentar sus honestos placeres y suavizar sus sufrimientos y aflicciones. Este principio, hoy día generalmente reconocido, es el que debe presidir en la enseñanza del país. Tenemos que insistir pues, en el empeño de abandonar la antigua doctrina escolástica y colocar en el lugar de la abstracción estéril y estacionaria, la utilidad y el adelanto", decía el doctor Castro en su discurso de inauguración de su segundo período presidencial. La Universidad era para él un principio motor, en relación inmediata e imperiosa, con las necesidades prácticas del país. Una de estas necesidades era la preparación de la clase media. Es también la tesis de Ortega y Gasset, cuya preocupación por organizar una España nueva constituye en la hora actual española un apostolado de inaplazable significación. "Hay que hacer del hombre medio ante todo, un hombre culto, situado a la altura de los tiempos. Por tanto, la función primaria y central de la Universidad es la enseñanza de las grandes disciplinas culturales: imagen física del mundo; los temas fundamentales de la vida orgánica (biología); proceso histórico de la especie humana (historia); estructura y funcionamiento de la vida social (sociología); plano del universo."

Cuando se comenzó a agitar la idea de la clausura de la Universidad decía el Dr. Castro: "privar así del lustre y de los beneficios que brindan las profesiones científicas a las gentes de escasos haberes, sería un acto no por la intención que se cometiera sino por sus efectos, antidemocrático, no menos que injusto y depresivo para los que tienen la desgracia de ser pobres."

Es interesante, para completar su concepto filosófico universitario, tomar en consideración su idea orgánica del derecho, es decir, no de un derecho que debe servir al hombre tan sólo para el ejercicio de una profesión, como toda profesión limitada y rutinaria, sino de un derecho vivo, al servicio de una constante renovación del orden y de las instituciones del país, es decir, un derecho progresivo: "en esta universidad—decía—aun no se dan lecciones de derecho romano, que vuelve en la historia y la ciencia del derecho universal; de derecho público, preciso para legislar con acierto; de derecho de gentes, indispensable para el buen manejo de las relaciones internacionales; de economía política, indispensable igualmente para la guarda y fomento de la riqueza pública y privada; de literatura, indispensable también para la formación de buenos oradores".

Tres doctrinas defendió el doctor Castro que se avienen bien con su temperamento de hombre civil, con el concepto humanitario de la república y con la elevación superior de su espíritu, tres principios que están ya consagrados como fundamento de la democracia costarricense y que no desaparecerán sino cuando se apaguen las luces de la razón encendidas por él desde los primeros días de la vida nacional: libertad de prensa; inviolabilidad de la vida humana y tolerancia religiosa. Respeto del primero son reiteradas sus manifestaciones en defensa de la libre expresión de las ideas. Como gobernante, dejó que prosperara hasta su grado máximo y no tuvo miedo a la tempestad. Instado acaso por quienes no están acostumbrados a la lucha de las ideas, para reprimir ese humano derecho del ciudadano libre, repuso en una expresión sencilla, que es en sí misma un principio: la prensa contra la prensa. "La libertad de la prensa es una conquista gloriosa de la civilización—decía—en la forma elocuente que usó a menudo para imprimir un sello a sus ideas, y agregaba: "quiza su acción en estos momentos no sea favorable para mi gobierno, desde luego que contra el se esgrime con no disimulada furia sus armas: pero esa libertad es una de las que a la nación más honran, y andando el tiempo, de las que más habrán de aprovecharle; y entre lo que creo que le conviene a la nación y lo que me conviene a mí, aun como Jefe de ella, yo no vacilo. Primero y ante todo la nación, y primero el derecho de los ciudadanos de ella, que lo que pudiera convenirme a mí en esta jefatura transitoria". También él practicó el periodismo para dar un ejemplo del ejercicio de esa noble libertad civil.

En la asamblea constituyente de 1859 pidió la absoluta abolición de la pena de muerte, y entre sus muchos actos como grande hombre de estado figurará su protesta que a nombre de la república hizo contra las matanzas llevadas a cabo en Guatemala por el Presidente Rufino Barrios, para ahogar en sangre una revolución. Entonces dijo estas hermosas palabras: "ninguna garantía hay con más títulos que ésa (inviolabilidad de la vida) para ocupar el lugar entre las que componen, en admirable combinación, lo que puede llamarse el organismo democratico republicano". Siguió hablando con el acento resonante de un Víctor

Hugo o de un Emilio Castelar. Pero dijo la verdad: "el patíbulo es siempre un pedestal; en el patíbulo no perece ninguna idea" y dió a Centro América, a la Centro América Ideal que él vivía en su noble pecho, esta suprema lección: "sus patíbulos no han consolidado jamás ninguna instituciones, ninguno gobierno, ninguna doctrina". Verdaderamente es alentador que haya sido un costarricense el que formulara en una sentencia imperecedera el más sano principio de la democracia humana.

No es menos contructivo su juicio sobre la eterna cuestión religiosa de los estados modernos. Él ha profesado el principio de tolerancia con una superior bondad de ánimo y con una conciencia serena e inquebrantable; la misma que consagró don Mauro con una filosofía semejante y con una muerte memorable. En su memoria como ministro de culto decía en 1879: "seguir y acariciar la creencia que nos legaron nuestros mayores sin perseguir ni embarazar las disidentes, profesadas con igual derecho por nuestros hermanos en la humanidad y el gran destino de las naciones, es obrar con el espíritu del siglo que apagó las hogueras de Torquemada y que día por día, ha aniquilado las superstición, empuja al cristianismo a su pura y primitiva fuente de amor y caridad; es obrar en la inspiración de las doctrinas y divinos ejemplos del que con su sangre redimió todas las sectas redimiendo a todos los hombres".

En la misma asamblea de 1859, el doctor Castro estableció este principio: "no puede ser Presidente de la República ninguno que hubiese obtenido en ella el grado de general".

La república no puede ser indiferente a esta sana doctrina democrática que ella ha vivido como norma constante respecto de su gobierno y que es uno de los motivos que la recomiendan, con justicia, a la admiración y respeto de los extraños: el de que su presidente sea siempre un hombre civil. A pesar de la propensión que tienen los países a rendirle un excesivo tributo a los hombres de armas, acaso por falta de confianza en las propias fuerzas morales de la nación, el régimen de gobierno en Costa Rica ha sido el de hombres civiles. El doctor Castro decía: "si colocar en el poder a ciudadanos de grande ascendiente se ha estimado peligroso al gobierno democrático y lo confirma la historia de muchas repúblicas antiguas y modernas, mayor peligro se corre cuando a esa silla se llaman personas cuya índole se ha formado en el dominio de fuerzas sometidas al principio de ciega obediencia y cuyo influjo sobre esas mismas fuerzas es superior a todo". Y proclamaba con vigorosa voz para que resonara por siempre en la conciencia costarricense: "la espada es enemiga natural de la libertad. Cerrémosle las puertas del poder". El quería para el gobierno de la república, y son palabras suyas: "Ciudadanos dignos y capaces ."

La figura del doctor Castro es grande, con sencilla grandeza de hombre. Yo no he querido llenarla de elogios porque su vida es su propia justificación. Me he propuesto presentarla en su pristina realidad. Se podría decir que los hombres hablan fácilmente. Es posible, pero el doctor Castro no dijo las palabras por el lujo de decirlas. El hablar en él fue un signo de su prestigiosa inteligencia. En verdad, lo que él quizo salvar fueron los derechos soberanos de la inteligencia. Hay mucho de transitorio en la vida, pero lo inconmovible y permanente es el progreso del espíritu humano. Para el progreso del espíritu de esta república él fundó la universidad. Quien preside hoy, lujosamente nuestra reunión, el licenciado don Benito Serrano, fue uno de los discípulos de la universidad de Santo Tomás. En fecha inolvidable de su vida, le correspondió leer como alumno destinguido una tesis filosófica. Eligió como tema las relaciones entre el pensamiento y la materia. Es una humilde tesis, pero está llena de nobleza mental. Ella termina con estas suntuosas palabras, que son un glorioso argumento en favor de la inmortalidad del espíritu y que expresan en una forma exacta y magnífica, la finalidad de este acto: "¿qué otra cosa sino suponer la inmortalidad hacemos levantando monumentos, guardando con respeto la memoria de los bienhechores y trasmitiéndola de generación en generación?".

Sí, el espíritu de la nación es inmortal. Aquellos que han querido promoverlo y cultivarlo, son los héroes imperecederos de nuestra leyenda, mejor dicho los creadores de nuestra historia. Cien años de cultura ya son un tesoro de fuerzas fecundas y vivificantes. Es tiempo de que edifiquemos nuestro Partenón. Ya hay enhiestas columnas morales para su peristilo. Y para ser fieles a la obra realizada por nuestros antecesores, sigamos nosotros cultivando nuestro propio espíritu.

Rómulo Tovar

En la peregrinación de Ricardo Rendón...

(Viene de la página 376)

energía. Allí está el único enemigo de los hechos ocurridos bajo el sol. Son treinta, cuarenta, cien hombres, casi mendigos, que rumian mientras los héroes duermen. toda la malicia y estupidez de sus acciones. De allí surgirá más tarde el criterio de la ciudad, porque esos hombres son órganos vigilantes de la subconsciencia. La ciudad tiene también una vida cavernaria, organizada monstruosamente, que le sirve de filtro para que en el atropello de la luz y los trabajos de los hombres del día no se deslicen los pecados y las sandeces en interminable y nunca sancionado desfile. Mientras ellos no duerman, mientras Chaplin vague por debajo de las luces de la ciudad, mientras Rendón ausculte el misterio de la subconsciencia ciudadana y saque de entre sus pícaros y miserables la certeza del bien y el mal de los actos humanos, podéis estar tranquilos, porque el órgano universal no podrá descuajarse, el orden y el ritmo arruinarse y vencerse, ni venir nada peor de lo que hay ya sobre la tierra.

Solíamos lamentar quienes creíamos tener puesto de privilegio en el ánima fugitiva de Rendón, que siempre desdeñase nuestras iniciativas y que jamás torciese su lápiz por una ruta determinada por nuestro deseo o nuestra pasión del momento. De igual manera debieron desconcertarse los empresarios del vagabundo londinense de *La quimera del oro,* al ver que nunca surgia por sus indicaciones la mímica o el gesto que se prendiera más tarde en la aturdida memoria de los hombres. Y cómo podía ser de otra manera. Humanos, con contacto humano con los hombres, en lucha con ellos, llenos de rencores y lacerías adquiridas en su comercio, éramos, sin duda alguna, para Rendón contrabandistas del humorismo, que queríamos hacer pasar bajo ese disfraz la averiada mercadería de nuestras pasiones menesterosas. Desconfiaba de nosotros, y probablemente en su anímula bondadosa, solía buscar disculpas para nuestras descarriadas aventuras. Pero, para trabajar,—y su trabajo sólo venía después de una ruda peregrinación por el negro vientre de la gran aldea—se documentaba abajo, en el misterio de la noche que aclaraba las marionetas y ponía a descubierto las viles cuerdas de la farándula. Como un ladrón, se encogía en su mesa, donde había siempre hospitalidad sin manteles para el huraño desconocido, y esperaba. Robando aquí una palabra, allí un grito, acá una línea grotesca, acullá un gesto truncado, de todas partes recibía la colaboración de ese mundo deforme, que se le entregaba con confianza, porque creía ver en su taciturna sonrisa una complicidad regocijada con la cristalina franqueza de los humildes de la media noche.

Allí comenzaba a trabajar acumulando materiales. Sólo después de un recorrido y tumultuosa peregrinación por la goyesca ciudad, podía salir aquella página donde toda línea tenía un sentido, donde a pesar de la simplicidad de la forma nos dejaba perplejos el barroco recargo de las intenciones. De allí también nacía su moral diáfana, recta, transparente como el cristal y como el cristal cortante, que lo hacía ser cruel con lo que no encajaba en ella, y que nos lo muestra en ocasiones como Savonarola, quemando toda la podredumbre con el fastidio indefinible de ser también órgano involuntario de toda esa miseria. Relata Stephane Sweig que en la epilepsia de Dostoiewski, en el instante inicial, en el brevísimo segundo que iba del grito a la caída, y que para los hombres de afuera no era sino lo necesario para cumplirse la ine-

xorable ley de la gravedad, nacía el mundo como en los días primordiales, y alcanzaba ese desarrollo monstruoso que forma sus relatos de viaje por entre las almas de los hombres. Así, cuando para todos estaba adormilada, fatigada, despeada y sumida en soporosa fuga la conciencia de Rendón, cuando apenas brillaban sus ojos por un minuto para oscurecerse otra vez bajo el peso de los párpados, muchas veces creímos sorprender un relámpago de visión del trasmundo, y estamos seguros, porque lo vimos, que bastaba un segundo, el paseo lento de su mirada casi vidriosa por sobre el absurdo paisaje nocturno, para que se descolgaran pesadas de sus labios unas palabras que dejaban ver el proceso vertiginoso de humorismo, de sarcasmo, de la meditación extraviada, en una ráfaga de claridad que fatalmente se fijaba en su memoria para cuando despertase el mecánico a sacar el recuerdo perdido en la punta del lápiz dócil.

Yo, compañeros, os confieso, en esta hora en que pululan los amigos y en que se agita alrededor de la tumba una rumorosa marea de recuerdos íntimos, que nunca vi en Rendón al camarada. Bien hubiera podido verlo como muchos ahora, como lo vieron entonces, porque camaradería era para ellos transitoria habitación y fugaz albergue bajo una misma techumbre de figón. Yo, en su mesa, a su lado, cuando nos sorprendió más de una alba pueril o dramática, en largos paseos sin hablar, en confraternidad aparente de cuerpos, siempre me sentí abrumado y perplejo, tanteando en su conciencia con preguntas que traicionaban siempre mi deseo de excavar en su alma remota. Nuestros diálogos fueron siempre preguntas, desoladas y desiertas en largas estancias de silencio. Se defendía con astucia, porque temía que alguien adivinara detrás de su obra y por encima de ella, a pesar de sus carcajadas ficticias y sus desbaratadas aventuras, algo que era superior a lo humano, allí colocado a la vista de todos. No me interesó su vida, jamás hice inquisiciones policivas sobre aquellas lagunas de tiempo que tenían que existir entre él, insomne, y nosotros adoloridos a las seis horas de vigilia. Pero su alma, que me pareció excesivamente extensa, difícil de medir con la torpe medida que yo podía aplicarle, fue siempre una montaña rusa sobresaltada y llena de vértigos, y os digo con simpleza de espíritu que sólo en Dostoiewski existió tan ilimitada extensión. Ya os oigo rumorar por lo bajo de vuestras sonrisas que este meridiano es propicio para que en él grabemos con oro universal las comarcanas acciones de nuestros próceres.

———

Pues bien. Yo retiro el paralelo que me surge espontáneamente entre la vida del genio ruso y la del humorista colombiano y lo retiro si alguno de vosotros ha mentido alguna vez contra Rendón, si alguno de vosotros se ha atrevido a calumniarlo o a roerlo, si alguno entre nosotros calificó su arte siquiera con la rigidez de la crítica técnica, que bien podría hacerse, si alguien entre todos sus amigos puede ufanarse de mostrarnos hoy un Rendón limitado, sin vaguedad ni superficies desconocidas, o si alguno de todos le faltó una sola vez al respeto, a él que anduvo entre aquellas encrucijadas en que el respeto se marchita como instinto epiceno y mezquino. Pasó por toda esa vida suburbana y andrajosa, ebrio de su propio destino cómplice, se hundió en la romería de los desamparados, se mezcló en las peregrinaciones de los rebeldes, vivió entre gentes de resaca, y pasaba por entre la submarina flora de la noche pecaminosa, como un sonámbulo entre el silencio respetuoso de los que temen que un grito inoportuno, o un escándalo o un manotón díscolo lo hagan despertar de su éxtasis y de su misterio Así son las figuras de Dostoiewski, en que el epiléptico gustaba de retratarse, así es aquel Karamasoff, santo, que predicaba la llegada del tercer reino en casa de una moza de forzado, así aquellos santones que dejaban caer el prodigio goteado de su misión extrahumana en las guaridas de los asesinos y ladrones, entre el rumor de los vasos que se quiebran con el torvo mazazo de las palabras blasfemas. Decidme si alguien, a menos que ignorase quién era, pudo alguna vez burlarse de su suelo o mofarse de su ánima por la debilidad de la envoltura. Y eso que pasaba, con su tercer reino entre los ojos hundidos, sin hablar, porque fue un santo casi mudo, prendido a su vida de adentro, por entre la algarabía de los matones, alcahuetes y deslenguados, y que muchas veces provocaba con el solo estrépito de su risa lejana la reacción bárbara en los acantilados salvajes de aquellas balbucientes conciencias.

———

Su obra, ya habrá quién la mida con el metro mínimo de la utilidad. Ya habrá quién os diga cómo fue de fértil todo lo que salió de su pluma, y cómo a su empuje caían y se levantaban los hombres, estrujados por su sarcasmo. Habrá más de una secta agradecida que a él le debe el impulso de la victoria, la creación de un plano popular para sus hazañas y el que hubiera destruído con una fuerza gigantesca en la cual abunda otra vez lo extraordinario, regímenes y reinos, mandatos arbitrarios y fraudulentas autoridades. Pero cuando tal estén haciendo, yo lanzaré mi interrogación perdida a la fe que tengo de que Rendón sobrepasó, él, no su obra, el mapa donde se mueve lo normal, lo común, lo sano, para entrar en las regiones donde se abren los círculos continuos del misterio. La pregunta es: ¿Qué perseguía Rendón? ¿Puede alguien decirme cuál hubiera sido la satisfacción de su deseo? ¿Estáis seguros de que si hubiérais hecho una república perfecta, un mundo angélico, no habría encontrado la sátira de lo angélico y se hubiera ahogado en la necesidad de lo imperfecto?

———

La patria de Rendón no era sólo el trozo de tierra que le templaba los nervios cuando lo sentía amenazado, mutilado o deformado. La patria de Rendón no era la mulata que soñamos muchos, robusta de sus propias carnes, provocativa y azarosa, en su extravagante mezcla de razas de todo el planeta. La patria de Rendón no fue como la nuestra, objetiva y sentimental, sino evaporada, magra y toda inteligencia. La patria de Rendón era el tercer reino, de hombres que no llegarán nunca, no de fronteras y suelo mojonado, sino patria imprecisa, con hombres elásticos apasionados y extendidos en anhelos confusos. Es ese tercer reino de Dostoiewsky, que nunca se dijo cómo era, que jamás salió con forma de la boca de los santos, que era una aspiración y no una limitada realidad, que era un deseo interminable, una mística patria pródiga de sorpresas y variedades.

Para buscar una patria de carne no se va como iba Rendón, a investigarla entre las gentes que lo rodearon, aquellos hombres truncos que departieron con él en largas veladas, llenos de aspiraciones confusas, que enloquecerían si los obligaran a precisar su anhelo, gaseosos pobladores del tercer reino, habitantes de la patria desconocida, ciudadanos de una república en la cual, como en la de Gaspar, fueron ellos los únicos ciudadanos.

———

Yo no puedo, compañeros, sorprenderme de la manera como se abrió paso Rendón hacia esta tumba. En su vida lo único que comprendo bien es su muerte. Lo demás es demasiado ilógico, grande, nocturno, para mi pobre alma de hombre de día que sufre oftalmía por exceso de luz.

Cuando Dostoiewsky murió comenzó en toda Rusia, de la frontera al corazón, el gran desfile popular. Patrullas silenciosas de mujiks caminaban por entre la nieve, sobre largas rutas dormidas, para llegar hasta la casa en que el santo estaba expuesto con los brazos en cruz, la cruz sobre el pecho, las barbas plebeyas cubriendo el gesto adolorido y la melena áspera vertida en lágrimas sobre la frente abombada por la presión interna. ¿Y qué fue Dostoiewsky? Un novelista. Un creador de humanidad, pero para las gentes, apenas el atropellado narrador de vidas dispersas. Alguien me dirá por qué yo quiero ver ese desfile hasta esta tumba que abrimos con el temor de que al echar en ella el cuerpo, y sobre él la tierra morena, no haya jamás la resurrección de aquello que lo animó en sus correrías vacilantes. Podéis reducirlo, podéis limitarlo, y dejarlo apenas del tamaño que os conviene para la fácil comprensión, y deciros que no enterráis aquí sino un dibujante, un caricaturista, un humorista. Pero el pueblo sintió que esas líneas, que ni siquiera tenían la pueril pureza que muchos ambicionan como perfección, salían de la mano del dibujante, pero movidas por el corazón de la multitud. El pueblo de Colombia, el de la llanura azotada por un barrer de sol eterno, el de la montaña llena de vahos vegetales, brotados de las raíces monstruosas, el de los ríos humildes o de los grandes ríos anchurosos, ese pueblo de la aldea o la ciudad, el

que vaga sin sentido, sin guía, sin brújula, sin estrella, y sin deseos exactos, por los senderos capciosos que le fingen amables las palabras de los conductores, vió en él un profeta, tal como son los profetas de ahora, así, humildes, en la voz de sus profecías y tal como fueron siempre, vagos como el pueblo, inciertos como él, y como él, aspirantes permanentes a un tercer reino que no se nombra nunca, y que no tiene forma sobre la tierra.

En este artista enterramos una ilusión colombiana de justicia que no tuvo otro nombre que el suyo. El pueblo no fue exigente con su profeta. Por eso no podemos decir —ni hay necesidad de decirlo—que nunca tuvo su lápiz, al realizar la prodigiosa obra de sanción y de anhelo, la tosquedad sencilla de las manos. Hubieran podida ellas ser más doctas y minuciosas, pero no hubiera recibido, por eruditas, más cantidad de espíritu, ni más misión de Dios.

Alberto Lleras Camargo

Rendón...

(Viene de la página 376)

medir el área de la conciencia individual. Era como un confesor irresistible. No hubo cara humana que le negase sus secretos. A sus innumerables admiradores les parecía que había en él un prurito de afear el aspecto de sus semejantes. Creíamos que deformaba la cara de sus víctimas para hacerlas más odiosas. No había en él tal propósito. Se colocaba en posición favorable para desvanecer el abultamiento de ciertas líneas; suprimía lo que las ficciones sociales, las convenciones de muchos siglos han aglomerado sobre la cara de los individuos, y destacaba ante los espectadores de su obra lacónica las cualidades del sér humano.

He hablado de víctimas porque estoy pensando de prisa. Su lápiz les concedía el título de inmortales a las personas que fijó en rasgos indelebles para enseñanza de las presentes y de las futuras generaciones. A las verdaderas personalidades no las inmortalizó, si ellas merecían la inmortalidad, pero fijó en trazos imperecederos sus grandes debilidades, con lo cual les hizo un servicio a la historia y a los archivos de la psicología. Antes de Rendón conocíamos a nuestros grandes hombres, a nuestras notabilidades de parroquia, a las vanidades sin base de sustentación, tan sólo por la apariencia engañosa de sus sonrisas estrepitosas, de sus gestos de convención; hoy tenemos de ellas una imagen más precisa. Su rostro no nos engaña. Rendón levantó la tapa de los sesos a muchas personas para que pudiéramos observarlas sin privarlas de la existencia. Es un servicio incomparable. Pensemos en lo que darían los historiadores del momento si pudieran hojear un álbum en que estuviesen expuestas con franqueza por medio de trazos tan lacónicos, tan firmes y tan expresivos como los favoritos de Rendón, las debilidades de Sócrates, las aspiraciones de Platón, las vanidades de Alcibíades, las ambiciones de César, las puerilidades y vacilaciones de Cicerón. No cayeron bajo su lápiz tipos tan enhiestos; pero a todos los que sirvieron de modelo a este pintor de las almas les hizo el favor de inmortalizarlos o les prestó el flaco servicio de preservarlos del olvido. Muchos de ellos habrían desaparecido si a Rendón no le hubiese asaltado el deseo de prestarles vida real en sus terribles cartones.

Y lo que se dice de los hombres se dice de la época. Vivimos en un siglo en que hemos visto empequeñecerse todo, desde las heroicas virtudes de la guerra hasta las acciones de desprendimiento en los humildes. Está época gris, desolada, indiferente a los nobles impulsos, testigo glacial de las grandes velocidades en el aire, en el mar, en las carreteras y en los coreográficos, aparece sin grandeza en las sobrias creaciones de Rendón. Porque fue un creador en efecto. De un cómico alemán se dijo el día de su muerte que con él habían desaparecido innumerables personajes a los cuales los autores dramáticos no les habían dado sino una existencia incompleta... Rendón completó la obra de los progenitores en el caso de sus caricaturas. Nosotros habíamos visto del señor X una faz que él se había hecho mejorando la obra de sus padres, delante del espejo. El artista de las almas completó esa figura por un paradójico procedimiento de eliminación... ¿Qué imagen estudiarán con mayor empeño el sicólogo y el historiador del porvenir, el retrato del señor N, erguido sobre sus zapatos de charol, cubierta la espalda con el frac, la cabeza engomada de hace unos minutos y los guantes de haz dentro de unas manos no acostumbradas a llevarlos calzados o el resumen breve del mismo individuo en su bestia mular, con el gesto de la inconsciencia o de la malignidad ingénita señalado en líneas eternas? No es preciso adolecer de refinada sutileza para decidirse por la figura sencilla que debemos al humorista del lápiz

---

En muchas ocasiones la obra de Rendón parecía como si adoleciese de un exceso de ferocidad. No era culpa de su arte, sino de la precisión con que captaba la realidad. No merece el calificativo de feroz el cirujano que abre un cuerpo vivo y señala las miserias que se ocultaban bajo una epidermis tersa, rosada y engañosa. Tampoco hay ferocidad en el operador de la máquina radiográfica que señala las partes duras en el cerebro de su cliente. Así operaba Rendón, cuya naturaleza era ante todo y para deleite de sus admiradores, artista convencido. Si acaso podría señalarse en su obra un gran sentimiento de conmiseración para con los débiles, para con los humillados y ofendidos. Señalaba, si mal no recuerdo, el profesor saxoamericano Brander Matthwes, la circunstancia de que el humor de su país, según aparecía en los chistes y caricaturas de las gacetas cómicas se ejercía principalmente contra los negros, los irlandeses y las suegras. Verá el lector que en este caso había sin duda señales de ferocidad porque tales predilecciones emanan de falta de conmiseración para con el desvalido o subalterno. El negro expuesto a la barbarie del blanco meridional, oprimido, separado del resto de la sociedad por preocupaciones raciales, castigado con extrema severidad por faltas leves, linchado frecuentemente, indefenso ante sus opresores merece más bien la compasión que la burla. El irlandés era el hombre sin patria, emigrado en busca de condiciones más clementes de vida y obligado por la necesidad a ejercer oficios innobles. La suegra era un ente subalterno y desclasificado. Era. Hoy ha mejorado de condición porque ha perdido su singularidad. En aquel país antes de ahora, cada hombre tenía una suegra objeto de su execración, a lo sumo dos. Pero en nuestros días cada saxoamericano por virtud del divorcio tiene tantas suegras como conocidas, y las madres de familia no pueden conservar en su tenaz memoria la lista de sus innumerables yernos. En tiempo de Brander Matthews, sin embargo, estas tres especies indefensas y más o menos oprimidas eran el blanco del humor saxoamericano, casi exclusivamente. Allí podía hablarse de ferocidad, de rencor anticristiano, de crueldad para con el desvalido..

Recorriendo los libros que nos ha legado el arte sobrio y hondamente interpretativo de Rendón no encontramos nunca un sarcasmo, una línea malévola aplicada a la gente oprimida o necesitada. Su crítica acerada y justa casi siempre se ejercía contra los magnates, los opresores, los tunantes; contra las pretensiones carentes de base, contra la petulancia de los poderosos y la insulsez de los pedantes. Su alma era cristiana. Contra estos mismos sujetos blandía le espada de su sencilla elocuencia, el personaje principal de los evangelios.

Nació para expresarse en líneas y en frases cortas. Algunas de sus composiciones pertenecen al sagrado género de las parábolas. Fue parco en el hablar; parecía tímido y reservado. Sin duda este mundo en que vivimos le parecía necio, malvado y de imposible redención. Su burla nunca tuvo propósito de corregir ni de enseñar. Era un artista puro.

Nació en mi ciudad natal. Le tuve en grande aprecio, pero no me fue dable manifestárselo nunca, porque su alma de elegido se recogía súbitamente ante los peligros del elogio.

B. Sanín Cano (De Lecturas Dominicales. Bogotá.)

INDICE

DEL TOMO XXIII

AUTORES Y ASUNTOS

Alberti, Rafael.—Miedo y vigilia de Adolfo Bécquer, p. 312.
Alfaro, Anastasio.—Algunos pasálidos de Costa Rica, p. 260.
Alomar, Gabriel.—La santa ilusión, p. 9.—El alma nueva del estudiante, p. 9.—Carta, p. 12.—Entre el baldón y la gloria, p. 14.
Alvarado Quirós, Alejandro.—Sigue vigilante nuestro Juan Santamaría, p. 139.—Thomas Alva Edison, p. 251.—Carta alusiva, p. 337.
Amador, Fernán Félix de.—Gandhi, el sembrador de esperanzas, p. 361.
Amighetti, Frco.—Paleros, p. 140.—Provincia, p. 159.—Las danzas de Edouard du Buron, p. 307.—El escultor costarricense Juan Ml. Sánchez, p. 314.
Arciniegas, Germán.—Todos son iguales, p. 79.—Cuatro palabras a los jóvenes norteamericanos, p. 180.
Arias, Augusto.—Montalvo Centenario, p. 3.—Noticia de libros, p. 362.
Arrieta, Raf. Alberto.—Un libro sobre Emilio Zola, p. 201.
Arroyo, César E.—La pascua española, p. 67.—Santiago Rusiñol, p. 129.
Azorín.—Magia en Tabarca, p. 41.—La imagen de Zola, p. 201.—Leamos a Montaigne, p. 233.—Contra la política del odio, p. 233.—Historia de un niño, p. 313.

Ballagas, Emilio.—Poesías, p. 310.
Barbagelata, Hugo D.—Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua, p. 368.
Barrenechea, Julio.—Poesías, p. 204.
Bello, Luis.—Días grandes, p. 72.
Bernard Shaw y Rusia, p. 200.
Betancourt, Rómulo.—La situación económico-fiscal de Venezuela, p.101.
Bibliografía titular, pp. 23, 48, 51, 78, 116. 176, 191, 203, 255, 282, 303, 311, 342 y 367.
Blanco-Fombona, R.—La República española y Venezuela, p. 100.
Bolívar y nuestros huéspedes de honor, p. 111.
Bosch, Juan E.—La negación, p. 302.—El alzado, p. 302.
Bougle, C.—Auguste Comte y las mujeres, p. 328.
Brenes Mesén, Roberto.—Gabriela Misral, p. 145.—Canales interoceánicos, p. 165.
Brum, Blanca Luz.—Cartas-poemas, p. 241.—Carta alusiva, p. 248.—Otras cartas-poemas, p. 289.—170 Kmos. de montaña para la burguesía, p. 375.
Buron, Ed. du.— Poesías, p. 340.

Camino, Juan del.—Ese plan Hoover, Señores..., p. 6.—La prole siniestra de los succionadores públicos, p. 31.—La prole que domina a los pueblos es la de los títeres y figurillas, p. 38.—Costa Rica, campo de un juego trágico, p. 63.—La prole de los tiranos de Feres, p. 70.—¿Qué hay de nuevo...?, p. 95.—Quieren ahora hacer puerto libre a Limón..., p. 103.—Vivimos en un país de crédulos, p. 115.—La carretera interoceánica, p. 131.—El viaje conmovedor de Gandhi, p. 152.—El letargo de los ensimismados, p. 163.—En el homenaje a Faraday, p. 184.—Calhoun el marino: ¡Alto ahí!, p. 202.—No queremos trato de colonia, p. 214.—Un decreto más de la Unión Panamericana, p. 226.—Lo mejor de la inteligencia española ha emigrado a protocolear, p. 252.—Los profetas de la prosperidad, p. 258.—Una tragedia de Ernest Toller, p. 281.—Un costarricense que fue amigo de Omar Dengo..., p. 294.—Water from the Caribbean, p. 317.—Monopolio de la gasolina y vililancia, p. 333.—Si El Salvador capitula..., p. 341.—La idolatría del hombre público, p. 365.—Un credo al servicio de los mayores intereses nacionales, p. 373.
Cardoza y Aragón, L.—Notas sobre Rafael Landívar, p. 369.
Castillo, Abel Romeo.—Revelación de un pintor, p. 11.
Carrera Andrade, Jorge.—La República en España, p. 19.—Filiación poética de Jaime Torres Bodet, p. 92.—Canales interoceánicos, p. 232.
Castillo, Abel Romero.—Revelación de un pintor, p. 11.
Ciges Aparicio, M.—Aljabas, no discursos, p. 64.
Circular enviada a los Municipios del Ecuador, p. 3.
Clerc, Charles.—El instinto de amar, p. 300.
Colmo, Alfredo.—Canales interoceánicos, p. 28.
Contreras, Francisco.—El Gobierno de Chile y los escritores, p. 301.—Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua, p. 368.
Córdoba, Diego.—Homenaje continental a Enrique José Varana, p. 56.
Cossío, Ml. B.—Escuelas rurales y urbanas, p. 68.
Crisóstomus.—El alma de las palabras, pp. 208, 285,352 y 366.
Croce, Benedetto.—Desear y querer, p. 210.
Cruz, Sor Juana Inés de la.—Algunas de sus más bellas poesías, pp. 209 y 212.

Chocano, José Santos.—Carta, p. 352.

Delgado Olivares, Carlos.—Giménez Caballero, p. 105.
Díez-Canedo, Enrique.—Fernán Caballero, p. 24.
Domingo, Marcelino.—El fruto de un buen sembrador, p. 208.
Don Miguel de Unamuno, palabra de vida española, p. 190.

El *Cimetiere marin* en español, o la infiel fidelidad, p. 322.
Eliot, T. S.—Los hombres huecos, p. 23.
Espina, Antonio.—El precursor y apóstol del Soviet, p. 104.
Esquivel Obregón, T.—Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua, p. 87.
Estrada, Rafael.—Carta a don Luis R. Flores, p. 126.—Mensaje a Gabriela Mistral, p. 222.

Estrella, Omar.—Poemas, p. 375.
Falcón, Irene de.—La prostitución y el capitalismo, p. 168.
Faraday, P. Michael.—La vida de Faraday, el gran inventor, p. 315.
Fernández Almagro, M.—Voces de la inteligencia, p. 13.—La alegría que pasa, p. 265.
Fernández y Medina, Benjamín.—Canales interoceánicos, p. 28.
Flor de Té.—Poesías, p. 182.
Fort, Guillermo H.—Celada financiera contra Cuba..., p. 55.
Fragmentos de carta, p. 98.
Frente al 4 de Julio, p. 80.

g. m.—¡Adiós, mi General, p. 366.
Gallegos, Rómulo.—Una renuncia y una protesta, p. 107.
Gamboa, Emma.—Ester Vega, p. 244.
Gandhi.—Los diez y nueve mandamientos, p. 361.
Giménez Caballero, E.—Unas líneas autobiográficas, p. 105.
Gerchunoff, Alberto.—Hechos y comentarios, p. 22.—Hégel, pp. 353 y
González, Fernando.—Nuestra aurora, p. 60.—La llave, p. 273.
González Arrili, B.—Cajigal, p. 25.
González de Infante, María Refugio.—Educación azteca, p. 142.
Grillo, Max.—Canales interoceánicos, p. 279.
Gris.—Para los Apuntes de los maestros despiertos, p. 356.
Guerra Trigueros, Alberto.—Soledad, p. 227.
Guevara, Adán.—Un día me hallé un susto, p. 282.
Guevara Centeno, A.—La carreta, p. 86.
Guillén, Alberto.—Elegía a un soldadito muerto en una revolución Sudamericana, p. 123.—La nueva poesía chilena, p. 93.—Un nuevo poeta argentino, César Tiempo, p. 125.
Guillermo Valencia juzga a Max v. Loewenthal, p. 138; a Rendón, p. 376.

Hablando con el Dr. Marañón, p. 89.
Haven Schauffler, Robert.—Basura del mundo, p. 4.
Haya de la Torre.—La independencia económica de la América Latina, p. 69.

Henestrosa, Andrés.—Ortega y Gasset y la misión de la Universidad, p. 329.
Henríquez Ureña, Pedro.—Martí, p. 33.
Huxley, Aldous.—Pigmalión contra Galatea, p. 177.
Hispano, Cornelio.—Cartas inéditas de Fanny du Villars, p. 161.

Jarnés, Benjamín.—Goethe, genial burgués, p. 136.—La golosina y el cielo, p. 232.
Jiménez, Guillermo.—Los sonetos de Sor Juana y Xavier Villaurrutia, p. 209.—Visita a Giovanni Papini, p. 137.
Jiménez, Max.—Mi tristeza, p. 160.—El eterno nocturno, p. 171.—Nosotros y los otros, p. 183.—El poema perdido, p. 198.—Juan Chunguero, p. 213.—Sólo te pido, p. 333.—Renuevo, p. 234.—En el pasillo de la Exposición, p. 245.—¡Versos!, p. 263.—Los viejos escalones, p. 278.—Poesías, p. 316.—Francisco Mayorga Rivas, p. 335.—La luz de mi luna, p. 375.
Jolas, Eugene.—Un documento mágico, p. 241.

Kollontay, Alejandra.—Hermanas, p. 169.

L. B.—Si cada región tuviera su Gabriel Miró..., p. 41.
La Dictadura cubana, p. 351.
La figura de Cossío, p. 72.
Labarca H., Amanda.—Vida y teorías, p. 37.—Palabras envilecidas, p. 125.
Lars, Claudia.—El Señor del Sueño, p. 259.—El portalito, p. 357.
Lizaso, F.—Carta alusiva, p. 322.
Lomar, Martha.—Poesías, p. 75.
López, Jacinto.—Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua, p. 108.
López de Mesa, Luis.—Naturalmente, esta vez tendré que hablar de arte..., pp. 40 y 52.
Lugones, Leopoldo.—Oda al amor, p. 38.
Lyra, Carmen.—Carta a Gabriela Mistral, p. 166.
Lydia de Rivera (Homenaje), p. 257.

Lleras Camargo, Alberto.—La peregrinación de Ricardo Rendón hacia el tercer reino, p. 376.

Maeztu, Ramiro de.—Santiago Rusiñol, p. 265.
Manifiesto de los intelectuales de Chile al país, p. 123.
Manifiesto de los intelectuales de España a los perseguidos de Cuba, p. 182.
Marañón, Gregorio.—Federico Amiel: Un estudio sobre la timidez, p. 81.
Marichalar, Antonio.—El estilo y la clase, p. 354.
Marinello, Juan.—Inicial ángelica, p. 310.
Mistral, Gabriela.—La cacería de Sandino, p. 27.—El sentido de la profesión, p. 113.—Un Tagore de Nueva York, p. 153.—Poesías, p. 156.—Conversando sobre la tierra, p. 172.
Montalvo, Juan.—Elogios, p. 2.
Montes, Eugenio.—Bajo el signo del laicismo, p. 143.

Naranjo Martínez, Enrique.—Civilización zamba, p. 21.
Nieto Caballero, L. E..—El mensaje de Lenin, p. 360.
Nin Frías, Alberto.—Oración del hombre de letras, p. 288.
Noticia sobre algunos de los movimientos revolucionarios habidos en Venezuela, p. 112.

Orjana.—Comentario estético perpetuo, pp. 287 y 343.
Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala se dirigen al pueblo español, p. 13.
Ortega y Gasset, José.—Discurso en León, p. 89.—El hombre y su circunstancia, p. 216.—Hégel y América, pp. 353 y 372.

Pacheco, León.—Hacia una nueva Edad Media, p. 363.
Pallais, A. H.—Dos baladas, p. 62.—La balada de los piratas, p. 174.—La glosa de las víboras glosadoras, p. 288.
Pascoli, Giovanni.—La misa de oro, pp. 263 y 277.
Pérez Amunátegui, Ismael.—Resumen del movimiento estudiantil cubano, p. 254.
Persiles.—Homenaje a Erasmo de Rotterdam, p. 8.—Gissing está nostálgico, p. 30.—Elogio de Helena Petrovna Blavatsky, p. 35.—Defensa de Galileo Galilei, p. 61.—Los maestros y la política, p. 76.—Defensa de Spinoza, p. 88.—En el que concluye una conversación interrumpida, p. 106.—Procesión de Emperadores, p. 119.—Aburridos de Bizancio hicimos fuga a la Alejandría del 236 A. D., p. 132.—El sistema de Plotino, p. 154.—Historia de la Sarah israelita, p. 175.—La comedia de las equivocaciones, p. 187.—El clavel bajo la influencia de la Sarah, p. 206.—Un discurso de Gissing y una escena penosa, p. 221.—Port-Royal, p. 231.—Episodio dramático, p. 253.—Concepto de las ánimas, p. 262.—Directorio de la poesía italiana anterior a Dante, p. 286.—A propósito de las matemáticas, p. 293.—Un poema japonés, p. 318.—Urgencia de encender hogueras, p. 330.—Contra el angosto criterio de los justos, p. 359.—
Piccard.— A 15.781 metros sobre el nivel del mar, p. 271.
Pino Espinal, Oscar.—Fernando González o el hombre de alma desnuda, p. 273.
Por Agustín Acosta, p. 29.
Portal, Magda.—La hora histórica del Perú, p. 65.
Prieto, Emilia.—Doreen Vanston, p. 243.

Quijano Mantilla, Joaquín.—Cómo se redime un pueblo, p. 325.

Rendón, p. 376.
Resumen del movimiento estudiantil cubano, p. 49.
Reyes, Alfonso.—El *Cementerio marino* en español, p. 323.
Roa, Raúl.—30 de Septiembre, p. 300.
Robles, Fernando.—La Argentina sin libertad, p. 276.—Haya de la Torre, paladín de nuestra América, p. 309.
Rodríguez Beteta, Virgilio.—Bicentenario de Rafael Landívar, p. 369.
Roig de Leuchsenring.—La República de Cuba está en venta, p. 55.—Descubierta la jugada de políticos y capitalistas contra Cuba, p. 159.
Rolland, Romain.—Europa, ¡ensánchate o mueres!, p. 57.
Russell, Bertrand.—Decálogo de un filósofo, p. 73.

Sabat Pebet, J. Carlos.—Rodó, guía de lectores jóvenes, p. 624.
Saénz Cordero, Manuel.—A propósito de Bolívar, p. 150.
Salarrué.—Cuentos de barro, pp. 236 y 246.—La isla del Ser y del no Ser, p. 351.
Salazar, Adolfo.—Stravinsky y la universalidad, p. 85.
Samper, Darío.—Elogio del aguardiente, p. 45.
Sánchez, Luis Alberto.—Carta a Victoria Ocampo, p. 117.
Sancho, Mario.—Carta, p. 345.
Sanín Cano, B.—Aldous Huxley o la idolatría de la vida, p. 177.—Un representante del "grande humor", p. 268.—El capital y la competencia, p. 331.—Rendón, p. 376.
Selva, Salomón de la.—Carta alusiva, p. 340.
Siqueiros, D. A.—El Sindicato de Pintores y Escultores de México, p. 223.
Sotela, Rogelio.—Salutación, p. 162.—Poesías, p. 296.
Soto Vélez, C.—Augurios, p. 14.

Tablero (1931), pp. 46, 127, 167, 191, 256 y 319.
Tamayo, Pío.—Homenaje del indio, p.110.
Tenreiro, M. R.—Entrevista con Papini, p. 137.
Thompson, Francis.—El galgo celestial, p. 283.
Tiempo, César.—Poesías, p. 125.
Torres, Elena.—Esfuerzos ignorados, p. 135.—Canales interoceánicos, p. 233.
Torres Rioseco, Arturo.—Gabriela Mistral en los Estados Unidos, p. 113.—El fin de la dictadura en Chile, p. 125.—Prólogo, p. 225..
Tovar, Rómulo.—La amiguita, p. 235.—Los seres invisibles, p. 285.—El hermano, p. 316.—José Ml. Sánchez, p. 344.—La muñeca, p. 349.—El concepto de Universidad en el Dr. Castro, p. 377.

Ugarte, Manuel.—Carta, p. 9.—El despertar español, p. 67.—Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua, p. 121.
Umaña, Salvador.—Asamblea de la Nueva Educación, pp. 26 y 44.
Unamuno, Miguel de.—Cristianismo monárquico o monarquismo cristiano, p. 43.—Dos comentarios, p. 185.—Autoridad y poder, o el divino Maestro y el fariseo, p. 295.

Valery, Paul.— El cementerio marino, pp. 332 y 334.
Valle, Rafael Heliodoro.—Figuras de Landívar en el agua, p. 242.
Van Doren, Carl.—La torre de Ironía, p. 193.
Varios autores.—Flores líricas de los jardines de Rusiñol, p. 134.
Varios autores.—Apreciaciones del libro *Penitenciaría-Niño Perdido*, p. 289.
Varona, Enrique José.—Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua, p. 56.
Vasconcelos, José.—Comentario, p. 12.—España debe atreverse, p. 17—Discurso en honor de Bolívar, p. 97.—Motivos venezolanos, p. 120.—Los rotarios en el exterior, p. 188.—Los rotarios en Bogotá, p. 196.—Con los jóvenes salvadoreños, p. 211.—La América Latina se ha insurreccionado contra los banqueros del imperialismo, p. 261.
Vela, Fernando.—La vida de los termes, pp. 229 y 298.
Victoria, Marcos.—Romance de la Niña y el Demonio, p. 19.
Viera Altamirano, N.—La odisea del pueblo judío, p. 358.
Villalba, Jobito.—Discurso, p. 109.

Wáshington, Jorge.—Despedida al pueblo de los Estados Unidos, pp. 305 y 347.

Zambrana, Antonio.—Un discurso memorable, p. 337.
Zulueta, Luis de.—La esclavitud actual, p. 34.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica